

BOLSILIBROS

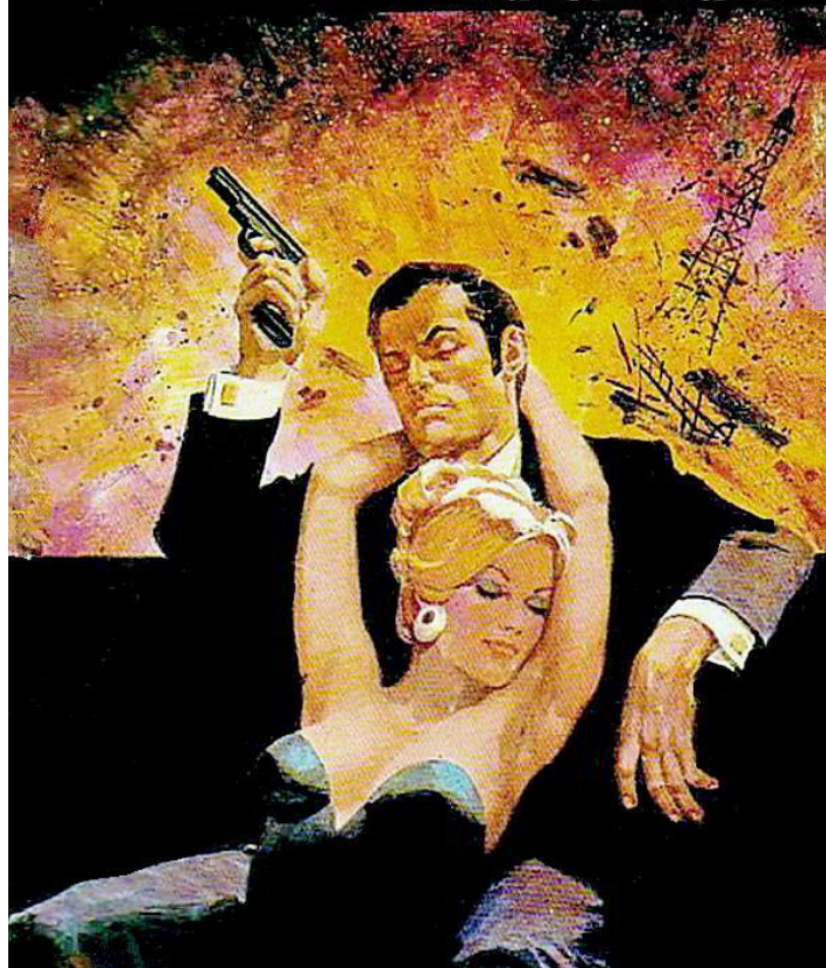


SERVICIO SECRETO

de

LAMENTO POR UNA RUBIA

Burton Hare



Entré al teatro por la puerta del callejón, la que daba al escenario. Había un portero metido en una garita. Estaba leyendo el periódico y cuando hice mi pregunta gruñó algo entre dientes. No le entendí una palabra.

—Oiga —insistí—, quiero ver a Ellen Evans. ¿O no habla usted mi idioma?

Apartó la atención del periódico y me miró con evidente disgusto.

—Todo el mundo quiere ver a...

Su voz se quebró.



Burton Hare

Lamento por una rubia

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1459

ePub r1.0

Titivillus 30-11-2019

Título original: *Lamento por una rubia*
Burton Hare, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Entré al teatro por la puerta del callejón, la que daba al escenario. Había un portero metido en una garita. Estaba leyendo el periódico y cuando hice mi pregunta gruñó algo entre dientes. No le entendí una palabra.

—Oiga —insistí—, quiero ver a Ellen Evans. ¿O no habla usted mi idioma?

Apartó la atención del periódico y me miró con evidente disgusto.

—Todo el mundo quiere ver a...

Su voz se quebró.

Boquiabierto, estuvo mirándome casi medio minuto en silencio. Luego miró el periódico y otra vez a mí. Sus ojos se agrandaron.

Al fin cloqueó:

—¡Eh, usted es «ése» Luger...!

Ya estaba. No podía fallar. Adelanté un poco la cabeza y atisé su periódico.

En la primera página campeaba mi fotografía a dos columnas. No era mi mejor foto, pero sí era lo bastante buena para que cualquiera pudiera reconocer mi cara fea y mi nariz muy poco fotogénica.

—¿Qué pasa? Soy Burton Luger, y sigo queriendo ver a Ellen Evans. ¿Es tan difícil de comprender?

—¡Seguro, señor Luger, claro que sí! —estalló el hombre, entusiasmado—. Oiga, es usted un fenómeno, ¿sabe?

—Claro. Tengo siete dedos en cada mano y dos cabezas sobre los hombros. ¿Por dónde se va al camerino de E. E.?

—¡Caray, hombre!... Cuando cuente en casa que he hablado con usted, no van a creerme...

Sentí tentaciones de dejarle su nariz tan maltratada como estaba la mía.

Aún añadió:

—¿Cómo lo hizo, señor Luger? Todo el mundo sabe que Steiner era un demonio.

—Simplemente, le dejé ver mi perfil y se murió. Y usted va a morirse también a menos que me diga dónde puedo encontrar a

Ellen Evans. ¿Lo entendió?

Esbozó una risita de conejo.

—Seguro, señor Luger. Ese pasillo, tuerza al final y el segundo camerino es el de la señorita Evans...

Le dejé metido en su garita y seguí sus instrucciones.

Me llegaron los aplausos de la sala, amortiguados por la distancia.

Doblé el recodo, y aquello fue el delirio.

Lo crean o no, me encontré asediado por una docena de bustos bien armados, desnudos y puntiagudos, como para volverle a uno loco de remate.

Vi pechos cremosos, duros, altos y tremolantes por todo mi alrededor, como revoloteando, cercándome, agrediéndome. Y les aseguro que yo deseaba ser agredido de ese modo hasta el día en que me salieran las muelas.

Me detuve, incrédulo. Oí las risas, los chillidos y los subidos comentarios. Sólo que ni siquiera me enteré. Tenía demasiado trabajo abarcando con la mirada aquella extensión de piel desnuda.

Una me empujó al pasar. No sé si me golpeó con su pecho, con el trasero o si fue un puñetazo, pero trastabillé a un lado y otra me sujetó amorosamente. Oí su voz:

—¿Qué le pasa, va a desmayarse, amorcito?

La miré por el rabillo del ojo. Vi sus pezones apuntándome como balas. No pude levantar la mirada y ella se apartó, riéndose. Hube de apoyarme en la pared.

La última de las muchachas del *ballet* pasó zumbando cerca de mí, y, como las otras, llevaba solamente una tirilla dorada que desaparecía entre sus muslos. Todo lo demás estaba a mi disposición.

Bueno, sólo para mirarlo, desgraciadamente. La vi desaparecer por la misma puerta que a todas las otras y el pasillo quedó desierto y relativamente silencioso.

Tragué aire. Estaba ahogándome, lo crean o no. Ser zarandeado por veinticuatro pechos desnudos es una experiencia traumática muy difícil de explicar.

Me fui dando tumbos hacia la puerta de Ellen Evans.

En la puerta había una estrella de plata y el nombre de la estrella, que si bien no era de plata, tenía muchos otros atractivos, juzgando por las fotografías que había visto de ella en las revistas.

Llamé con los nudillos. Nadie replicó.

Abrí la puerta con tiento y dije:

—Señorita Evans, ¿puedo entrar? Soy Burton Luger. Usted me...

Quedé sin voz. Si antes mis ojos se habían extraviado en un rebaño de pechos saltarines, ahora se perdían a lo largo de dos largas piernas desnudas, perfectas, con muslos como en las fotografías. Con la diferencia de que las fotos se detenían a cierta altura de esos hermosos muslos, y en esta visión al natural no había nada que detuviera mis ojos hasta mucho más arriba...

Lo malo es que las piernas estaban quietas, tendidas en el suelo. La mitad del cuerpo, la mitad superior quiero decir, desaparecía detrás de un biombo maltratado.

Acabé de entrar y cerré la puerta. No aparté la mirada de las piernas mientras avancé, esperando verlas moverse, rogando para que se movieran...

No se movieron. Di vuelta al biombo y comprendí por qué estaban tan quietas.

Era Ellen Evans, sin ninguna duda... Su cuerpo espléndido yacía allí como si se ofreciera para el sacrificio del amor.

Sólo que la habían sacrificado de otro modo sucio y vil.

Tenía dos feos agujeros debajo del seno izquierdo. La sangre se había escurrido en dos delgados riachuelos. Uno a cada lado, encharcándose en la alfombra. El otro se había deslizado hacia su vientre liso.

Retrocedí un par de pasos, aturdido. La visión de la muerte nunca me había afectado demasiado. Yo mismo había sido el brazo de la muerte más de una vez. Pero una cosa es ver muerto a un pistolero, o a un hombre cualquiera, y otra muy distinta contemplar un cuerpo que había encandilado a todos los ciudadanos varones de medio mundo, convertido en algo frío y ensangrentado.

Miré en torno. Había las ropas de calle colgadas en una percha, y esparcidas en torno al cadáver las diminutas prendas cuajadas de lentejuelas que la estrella había vestido en su última actuación en el escenario.

En el escenario y en este mundo.

Busqué un teléfono, pero no había ninguno en el camerino.

Di otro vistazo al hermoso cadáver antes de volver al pasillo. Cerré la puerta detrás de mí, y en ese instante el rebaño de saltarinas

muchachas del coro salieron chillando por la puerta contigua y pasaron junto a mí como palomas alborotadas.

Puede decirse que, para el número que se disponían a interpretar, iban vestidas. Por lo menos, todas llevaban, además de la delgada tirilla dorada entre los muslos, dos pequeñas estrellitas, también doradas, encima de cada pezón. Cómo se sostenían allí sin caerse y sin incendiarse es algo que aún no he comprendido.

Esperé a que desaparecieran y luego me fui en busca del portero. Continuaba entusiasmado con el relato de mis aventuras.

—Un teléfono —grazné—. ¿Tiene un teléfono a mano?

—Seguro, señor Luger. Ahí, en la pared... Funciona con monedas, ¿sabe?

Salté hacia el aparato. Introduje una moneda y disqué el número de la policía.

El portero no me quitaba ojo. Se había convertido en un ferviente admirador del héroe del día.

Una voz chilló en mi oído. Yo dije:

—Capitán Wiler. Es urgente, por favor.

—Aguarde...

La urgencia se tradujo en casi un minuto de espera.

Introduje otra moneda por si las moscas. Al fin oí la voz de Wiler gritando algo.

—Aquí Luger, Sean.

—¿Qué?

—Lo oíste.

—Eso me temo. ¿Qué pasa, ya los tienes pisándote los talones?

—¿De qué hablas?

—De los amigos de Steiner.

—¡Al infierno con eso! Estoy en el Emporium.

—¿El teatro de *strip-tease*?

—El mismo.

—¡Eso es grande! Y me llamas sólo para decirme que estás viendo nenas desnudas. ¿Qué diablos te ocurre, Burt, el miedo te ha librado del poco seso que tenías?

—Lo que tengo es un cadáver, aquí.

—¿Un...? ¡Maldita sea, otro!

—Cuando llegues entra por la puerta del escenario, Sean, o se armará el alboroto. El local está atestado.

—¡Espera un minuto! ¿De qué cadáver hablas? ¿A quién te cargaste?

—Te lo contaré cuando llegues. Y se trata de una mujer. Yo no mato mujeres, sólo me acuesto con ellas, si me dejan.

Sonó una especie de estallido y la comunicación se cortó.

Giré sobre los pies y casi me di de narices contra la cara blanca del portero. Se había acercado tanto a mí que su aliento me azotó la nariz. Y era un aliento que olía a *whisky* barato.

—¿Qué demonios...?

—Le oí —jadeó—. ¿Quién está muerto?

—Muerta.

—¿Qué?

—La Evans. Asesinada. Y si desata usted la alarma antes de que llegue la policía le dejaré peor que a Steiner. ¿Está claro?

Tragó saliva y su cara se puso gris. Retrocedió paso a paso hasta su cubil y allí se hundió en la silla. Ni un instante dejó de mirarme como si yo fuera un marciano.

Acababa de encender el tercer cigarrillo, sentado ante el tocador del camerino de Ellen Evans, cuando Sean Wiler irrumpió en la humeante atmósfera seguido de su ayudante, el sargento Aldrich.

Ni me miraron. Sus ojos se fueron solos hacia las largas piernas, los muslos prietos y el pubis sombreado, y se quedaron fijos allí, como hipnotizados.

Yo dije:

—No te gustará lo que hay más arriba, Sean.

Asomó la cabeza por la esquina del biombo. Suspiró.

—A tiros —gruñó—. En un teatro. Apuesto a que nadie oyó nada.

—Sobre todo si utilizaron silenciador... Era Ellen Evans.

—Lo sé. Vi su fotografía un millar de veces. Algunos de los muchachos tienen esas fotografías pegadas en sus taquillas del vestuario... ¿Cómo fue que la encontraste?

—Me llamó. Apenas comprendí nada. Sólo dijo que estaba en un gran apuro y que yo también. Muy asustada, me pareció que se preocupaba tanto por ella como por mí.

—¿Por qué iba a preocuparse por ti? ¿Era una de tus conquistas?

—Nunca había hablado con ella. Ni siquiera la vi nunca en el escenario, sólo en foto.

—Como la mayoría. ¿Qué más te dijo?

—Nada más. Sólo que viniera aquí enseguida... Creo que antes de colgar dijo algo sobre que en el teatro estaba segura, pero no puedo asegurarlo. Estaba demasiado nerviosa y apenas se le entendía lo que hablaba. Y yo tampoco estaba en mi mejor momento.

—¿Por qué?

—Bueno, hace veinticuatro horas maté a un hombre. Eso le altera a uno, Sean.

—Claro.

El sargento gruñó desde el biombo:

—¿Llamo a los peritos, capitán?

—Sí. Y coloque a un par de patrulleros en el callejón.

Cuando ya iba saliendo añadió:

—Oiga, sargento..., ocúpese del portero. Hay un par de cosas que quisiera preguntarle.

Asintió y se fue.

Sean encendió un cigarrillo y empezó a meter la nariz por el camerino. Abrió los cajones del tocador, apartó la cortina del armario y atisbo en el cuarto de baño anexo, tan diminuto que sus anchos hombros ocuparon toda la puerta.

—Ella estuvo leyendo sobre ti —dijo—. Quizá eso la decidió a llamarte.

Señaló el periódico doblado que había en el suelo, a un lado del tocador. Yo no lo había querido tocar.

—No creo que fuera eso —rebatí—. Recuerda que ella dijo que «yo también» estaba en un gran apuro. Debía tener alguna razón para hacerlo.

—Bueno, ¿cuánto tiempo tardaste en llegar aquí, después que te llamó?

—No más de media hora. Quizá treinta y cinco minutos. No pudo ser mucho más, a pesar de que hube de dejar el coche a dos cuadras de aquí, en la calle Market.

El sargento regresó trayéndose al portero. Cuando el hombre vio la parte del cadáver que estaba a la vista casi se desmaya.

No me anduve por las ramas.

—Cuando yo llegué —dije—, usted comentó que todo el mundo quería ver a Ellen Evans. ¿Lo dijo refiriéndose al público del teatro o se refería a alguien en particular?

—El otro hombre..., lo dije por él...

—¿Qué otro hombre?

—Estuvo aquí antes que usted. Entró y preguntó por la señorita Evans.

—Y usted le dejó pasar...

—Claro. Ella me había advertido que vendría un hombre y que le dejase entrar tan pronto llegara.

—¿Cómo era el tipo, lo recuerda?

—Me parece que... Bueno, creo que no tenía nada que le hiciera a uno fijarse en él. De estatura mediana, más bien grueso...

—¿Y su cara?

—No sé..., fofa, quizá.

—Eso no nos ayuda mucho.

—Sólo me fijé que estaba muy nervioso.

—¿Por qué?

—Cuando llegó, la señorita Evans estaba en el escenario. Le dije que esperase. Nunca dejo entrar a nadie a los camerinos cuando éstos están desiertos. Bueno, él esperó paseándose de un lado a otro. Y se mordía las uñas, de veras se las mordía de tan nervioso que estaba. Sentí un ligero escalofrío en la médula.

No dije nada, sin embargo. Fue Sean quien se ocupó del resto del interrogatorio, pero lo único que sacó en claro fue que el tipo nervioso había abandonado el teatro unos minutos después de haber entrado en el camerino de Ellen.

El sargento refunfuñó, cuando el portero hubo salido:

—Eso de morderse las uñas me recuerda algo...

—A mí también —dijo Wiler, ceñudo—. Veremos si le encontramos en los ficheros. ¿Estás seguro que la chica te dijo que «tú» también estabas en un apuro?

—Sí, eso no ofrece dudas. Lo dijo.

—¿No se referiría a algo relacionado con Steiner? Los periódicos no hablan de otra cosa, recuérdalo.

—Eso es asunto liquidado. Steiner era sólo un pistolero, un lobo solitario. No, no creo que ella se refiriera a él en absoluto.

—No estoy yo tan seguro. Estás haciéndote demasiado popular, Burt, y eso puede ser malo en tu ambiente.

—No me dices nada que yo no sepa.

—Está bien, quiero que me acompañes. Esta vez haremos las cosas bien desde el principio. Ya sabes; declaración en regla, firmas por

triplicado y todo eso. Pero desde ahora, o habré de correr detrás de ti para cazarte.

—Bueno, tengo el coche en la calle Market. Iré a tu oficina y...

—Olvídalo. Vendrás conmigo. Ya encontraré alguien que lleve tu coche a Jefatura, así estoy seguro de no perderte por el camino.

—¿No confías en mí?

—Menos que en las promesas de una bailarina. Cuando lleguen los peritos nos largaremos de aquí.

Me encogí de hombros. Tampoco tenía nada que hacer...

¿O quizá sí?

CAPÍTULO II

Salimos del callejón y nos detuvimos en la esquina.

Sean dijo:

—Dale las llaves, Burt.

Le tendí las llaves de mi coche al agente designado por el capitán para llevarlo a jefatura y le vi alejarse.

Sean abrió la portezuela del suyo.

—Vamos —gruñó—. No quiero más problemas por tu culpa.

Me senté a su lado. Sentía el estómago revuelto.

—Bueno, di algo —me retó al poner el motor en marcha—. Es sólo un crimen. Los tenemos a un promedio de dos y medio al día, ya lo sabes.

—Eso no me consuela. Esa chica confió en mí, Sean.

—Cualquiera sabe. Y ese tipo nervioso, mordiéndose las uñas... ¡Maldita sea! Me recuerda algo, seguro...

A mí también me recordaba «a alguien». Pero no lo dije. Quería tener alguna pequeña ventaja.

Apartó el coche de la acera. El tráfico era muy denso a esa hora, de modo que apenas podíamos movernos.

Sean estaba refunfuñando y amenazando con poner en marcha la sirena, cuando sonó el tremendo estallido.

Fue una explosión que retumbó por toda la calle. En el aire se reflejó una sombra roja mientras el eco se extinguía en medio de un histérico concierto de frenazos, gritos y aullidos de neumáticos.

—¿Qué fue eso? —grazné, abriendo la portezuela.

Eché a correr sorteando los autos amontonados en la calzada. Sean abandonó el suyo y me siguió.

Vimos el resplandor de la gasolina ardiendo como a dos manzanas de distancia. Pero vimos algo más: hombres y mujeres convertidos en antorchas por la gasolina llameante, y un alud de gente huyendo en todas direcciones. Aún estaban cayendo pedazos de cristal de las ventanas cercanas cuando pudimos llegar junto al auto despanzurrado y convertido en un infierno.

El auto había sido un «Cadillac» gris plata.

«Había sido mi auto».

Sean dijo con voz rota:

—¡Dios..., el pobre muchacho!...

Se refería al agente que él había enviado para que llevara mi coche a Jefatura.

Todo lo que quedaba de él, por lo menos a la vista, era un brazo y parte de una mano, colgados de una arista de cristal en la ventanilla rota. Ambos despojos dejaban escapar una sangre oscura y brillante a la luz de las llamas.

Me volví de espaldas. Estaban llegando policías por todos lados y Sean empezó a dar órdenes, rugiendo y gritando para sobreponerse a sus sentimientos.

Los alaridos de los heridos, algunos de ellos abrasados por el fuego, atronaban la calle. Había una gran actividad tratando de auxiliarles. A corta distancia, dos cuerpos inmóviles y destrozados pregonaban la violencia de la explosión.

El capitán vino a reunirse conmigo. Se apoyó en la pared y vi que tenía la cara blanca como el papel.

—De modo —dijo—, que estás realmente en apuros, tal como te dijo la chica...

—Creo que no pueden caber dudas.

—¿Tienes idea de quién quiere tu pellejo?

—En absoluto.

—Prueba otra vez, Burt.

—No sé de nadie interesado en liquidarme. A menos que Steiner fuera mucho más popular de lo que imagino. Y aun así, eso no tendría nada que ver con Ellen Evans, ajenos el uno del otro.

—Si ocultas cualquier información, algo va a estallarte en las narices, Burton, y no me refiero a otra bomba.

—No oculto nada, palabra... Ojalá supiera quién ha preparado esta antorcha... te aseguro que daría cualquier cosa por saberlo.

—Eso lo creo. Le meterías otro plomo de tu maldita «45» y los diarios tendrían carnaza por otro mes cuando menos.

Le miré de reojo. Me abstuve de más comentarios porque comprendí cómo se sentía.

La llegada de las ambulancias y los bomberos conmocionó de nuevo toda la calle Market. Sean desapareció engullido por el remolino de actividad y no volví a verle hasta diez minutos después.

—Lárgate —me espetó—. Quiero verte en mi despacho antes de las nueve de la mañana, Burt, y hablo en serio.

Asentí y me alejé abriéndome paso por entre la muralla de curiosos. Pensaba en el desgraciado policía que había muerto en mi lugar, y en que alguien habría de pagar por él... y por mi coche.

Eso estuvo zumbándome en la cabeza un buen rato.

Después pensé en el tipo nervioso que se mordía las uñas. Rechiné los dientes y me paré en seco.

Vi un taxi libre, le hice señas y le di al chófer una dirección de Santa Mónica...

* * *

El agua de la piscina destellaba a la luz de las estrellas, y en ella se reflejaban las palmeras del jardín como sombríos fantasmas bañándose en silencio.

La bordeé viendo las luces de los apartamentos, construidos en torno a la piscina en forma de gran herradura. Eran buenos apartamentos de alquiler, construidos cerca del mar y lejos del tráfico, uno de los mejores rincones de Santa Mónica. Tendiendo el oído, uno podía oír el susurro de las olas sobre la playa.

Golpeé un timbre y una voz de mujer exclamó en alguna parte:

—¡Un minuto!

La voz no había cambiado, y cuando ella apareció comprobé que tampoco el tiempo le había hecho mella.

Se quedó mirándome y sus ojos fueron agrandándose más y más, al tiempo que su linda boca formaba una gran O.

—¡Tú! —estalló al fin—. ¡Tú, maldito tramposo del demonio, después de tanto tiempo...!

—Hola, Carole.

—¡Burt!

Salió disparada del pequeño mostrador y se echó en mis brazos. Su boca se estrelló contra la mía y fue bueno, sobre todo en aquellos momentos, porque yo me sentía lo mismo que un perro abandonado.

Hizo algo más que besarme. Tenía experiencia y sabía cómo encender la sangre de un hombre hasta el punto de explosión.

Comenzaba a entusiasmarme cuando se apartó, jadeando.

—Párate ahí —gruñó—. No te pongas nervioso todavía... deja que te mire. He leído todos los periódicos.

—Imagino que eso te divirtió.

—No demasiado. ¡Después de tanto tiempo...!

—Dos años.

—Una eternidad, si me lo preguntas.

—No he venido a preguntarte eso, Carole.

Suspiró.

—Ya veo. ¿Qué ocurre, necesitas un agujero donde esconderte? Aquí estarás seguro todo el tiempo que quieras.

—Tampoco es eso. Necesito que me hables de un tipo.

Arrugó el ceño.

—¿Sólo por eso pensaste en mí, porque quieres que haga de soplona?

—No saques los pies del cesto, nena. Pensé en ti un millón de veces en estos años, pero sabía perfectamente que volver a empezar algo que murió de muerte natural era idiota, así que lo dejé correr.

Asintió.

—Murió, y no fue nada agradable.

—Menos lo fue para tu marido.

Una sombra enturbió sus ojos.

—No fue culpa tuya —dijo en voz baja—. Hiciste cuanto estuvo en tu mano entonces... pero él no era bueno. ¡Maldita sea, Burt, era un hijo de perra y ya está! No necesitamos andarnos por las ramas.

—Cuando cayó acribillado por la policía, había otro tipo con él. Formaban equipo para sus golpes. ¿Lo recuerdas?

—Sí.

—¿Cómo se llamaba?

—Craver... Joel Craver.

—¿Recuerdas algo particularmente curioso de él?

—Ya puedes jurarlo. Se mordía las uñas hasta la raíz cuando se ponía nervioso. Y se ponía nervioso cada vez que preparaban alguno de sus atracos.

—Eso es... ¿Dónde anda ahora, lo sabes?

Se encogió de hombros.

—Le vi alguna vez, hace tiempo. Andaba con la gente de Jeff Hunt, en los muelles.

—¿No puedes precisar más? Necesito encontrarlo, Carole.

—Cuando él murió —dijo, pensativa—. Craver tardó en dejarse ver, pero al cabo de un par de meses vino a decirme que si necesitaba algo, sólo tenía que llamarle y él... Bueno, hablando en plata, quería ocupar el lugar de su difunto amigo. Su lugar en mi cama quiero decir.

—¿Y...?

—Me lo quité de encima como pude. Entonces me dijo que si alguna vez me sentía sola, le llamara al Tavern.

—¿En los muelles?

—Sí.

—Es un tugurio con billares y reservados.

—No sabía siquiera lo que era. Nunca le llamé. En cambio, muchas veces estuve tentada de llamarte a ti.

—No habría resultado, Carole.

—Lo sé, pero hubo ocasiones en que sólo deseé que estuvieras aquí unas horas, una noche... Fuimos un par de idiotas, ¿no te parece?

—Quizá, pero ni tú ni yo podíamos obrar de otro modo, con el cadáver de tu marido aún caliente entre los dos... y tú acusándome de su muerte.

—Pero luego supe que no era cierto..., que en lugar de delatarle hiciste todo lo que estaba en tu mano para que abandonara aquello y se largase de Los Angeles... ¡Oh, Burt, si fuera posible volver atrás en el tiempo...!

—Eso no puede hacerse más que en las historias de ciencia ficción. ¿No tienes nada de beber a mano?

—¡Claro que sí! Ven, no te quedes ahí, como un papanatas cualquiera.

Me llevó a un pequeño saloncito bien amueblado, confortable, equipado con un televisor a color, una instalación de alta fidelidad, un mueble bar y una estantería llena de libros.

—Es mi refugio —murmuró mientras preparaba los dos vasos con *whisky*—. Llevar este negocio es agotador.

—Supongo que te va bien.

—No me quejo. Da dinero. Mucho dinero. Es lo único que obtengo de la vida...

Me ofreció el vaso y bebimos juntos. Un alud de recuerdos del pasado volvían a mi memoria, cuando aquella mujer espléndida pudo haber cambiado el curso de mi destino.

De pronto murmuró:

—Sólo viniste en busca de Craver, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y ahora que estás aquí, ¿no crees que podríamos...?

Sacudí la cabeza.

—¿Crees que sería sensato?

—No sé, pero me gustaría probarlo. Averiguar si hemos cambiado tanto en estos años.

Apuré el *whisky* y me recosté en la butaca, mirándola.

Ella tampoco apartaba sus ojos de mí. Sonrió a medias, indecisa.

—¿Y bien...?

—Tal vez diera resultado en otras circunstancias, Carole. Pero esta noche no estoy en mi mejor momento.

—¿Por lo de Steiner?

—Entre otras cosas. Matar a un hombre le hunde a uno.

Dejó su vaso y vino hacia mí.

—Voy a intentarlo —susurró—. Voy a correr el riesgo de intentarlo...

Se deslizó sobre mis rodillas. Su boca buscó la mía y me pareció que me hundía en un abismo de llamas cuando nos besamos.

Su cuerpo se apretó contra mí y su piel vibró en mis manos, y la mía en los suyos, y si había algo por demostrar no sé en qué quedó, porque lo único que se demostró fue que los dos aún estábamos vivos, y que éramos capaces de sumergirnos en el abismo más profundo o elevarnos a las cumbres del placer y de la vida.

El experimento duró el resto de la noche...

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente me trajo el desayuno a la cama. La cosa estuvo bien, en su intento por dejar patente sus dotes de ama de casa. Lo malo es que eligió las ocho en punto para ello y yo hubiera podido dormir hasta el mediodía, a juzgar por cómo me sentí cuando abrí los ojos.

Llevaba una bata casera sobre su cuerpo desnudo y parecía tan fresca como una rosa.

—Valió la pena —dijo tan sólo.

—¿Siempre te levantas tan temprano?

—Todos los días.

—Eso me crearía un complejo...

Los huevos revueltos estaban en su punto, el jugo de naranja era delicioso y el café fuerte, como a mí me gusta. La condenada no lo había olvidado.

Encendí el primer cigarrillo y cuando ella se acercó para llevarse la bandeja la atrapé entre mis manazas y la tendí a mi lado.

Se echó a reír y exclamó:

—No te alborotes otra vez. A estas horas no hay un minuto de paz ahí fuera...

Era cierto. El timbre empezó a sonar y hube de soltarla.

De modo que me vestí. Cuando acomodé mi pesada «45» en la funda de costado, una funda basculante, de pinza, muy ingeniosa, pensé de nuevo en la muerte del último hombre que había matado con ella. Eso ensombreció el día.

Salí fuera y descubrí a cinco o seis mujeres bañándose en la piscina. Carole estaba al lado del agua hablando con otra que llevaba una caricatura de bikini endiabladamente reducido.

Me descubrieron. La del bikini me miró, perpleja. Carole se desentendió de ella y corrió hacia mí.

—Bueno, ¿es que guardas todo un rebaño de muñecas en bikini, o qué diablos de lugar tienes aquí? —exclamé.

—Te gustaría vivir en uno de mis apartamentos, ¿eh?

—Si ésas iban a ser mis vecinas, ya puedes jurarlo.

—Pues no has visto ni la mitad de ellas —dijo, riéndose—. La mayoría de apartamentos están ocupados por chicas independientes. Secretarias, modelos, empleadas de Banco y alguna que otra discreta prostituta, aunque no ejercen aquí. Por otra parte, ninguno se preocupa de cómo se ganan la vida las demás.

—¿Y no tienes conflictos con tanta mujer sola?

—Ninguno. Además, hay algunos apartamentos ocupados por hombres también, pero están en franca minoría.

Volví a mirar hacia la piscina. Las chicas retozaban en el agua y el sol tibio de la mañana comenzaba a inundar de luz todo el lugar.

—He de irme —decidí a regañadientes—. Ahora escucha, Carol. No sé cuándo volveré, aunque te aseguro que no tardaré tanto como esta vez, pero eso no debe crear ninguna atadura entre tú y yo.

¿Entiendes?

Asintió. Estaba seria, hermosa y deseable y sentí que mi pulso aceleraba de nuevo su ritmo.

—Otra cosa —dije apresuradamente—, es posible que vengan algunos policías preguntándote por Craver. No les digas una palabra de él. No le recuerdas siquiera, ni sabes si se mordía las uñas o no. Eso debe quedar aún más claro que lo anterior.

—Pero ¿por qué? Te lo dije a ti. Puedo decírselo a ellos. ¿Qué me importa a mí un individuo como Joel Craver?

—Podría importarle a él, si sospechara que le has delatado. Me preocupo por tu seguridad, no por él.

—Comprendo, Burt. Ya me olvidé de ese escorpión. Punto.

—Eso está bien.

La besé en la boca. Fue un beso de despedida, pero de cualquier modo se prolongó mucho más de lo debido. En la piscina alguien silbó, y sonaron algunas risitas.

La solté y me fui a paso ligero hacia la salida. Las risas en la piscina se trocaron en comentarios capaces de encenderle las orejas a un elefante.

Pillé un taxi al vuelo y el taxista refunfuñó cuando le ordené llevarme a los muelles. Fue una larga carrera que debiera haberle encantado, pero el tipo no estaba de humor, y los muelles no eran un lugar como para encontrar pasajeros a esas horas de la mañana.

Tavern tenía una fachada verde y un billar rojo sobre la entrada. Durante la noche, las luces que lo dibujaban creaban también una

sinfonía de bolas de colores deslizándose en todas direcciones en un movimiento incesante.

Cuando entré el local estaba casi desierto. Olía a rancio y había dos mujeres limpiando el suelo. Habían colocado las sillas sobre las mesas y el ambiente no era precisamente acogedor.

Me acodé en la barra. Había dos empleados del puerto tomándose unas cervezas un poco más al fondo, y un mozo que ordenaba la cristalería detrás del mostrador.

Ese vino hacia mí con ojos soñolientos.

—¿Qué va a ser?

—Café negro.

Asintió. Me sirvió poco después y deslicé un billete de cinco dólares sobre la barra.

—Busco a Joel Craver —dije—. Tengo un trabajo para él.

—¿Y a mí qué?

—Craver me dijo que si alguna vez le necesitara, sólo tenía que venir aquí y preguntar por él.

—A estas horas nunca se deja ver. Sólo por la noche.

—Lo supongo. ¿Dónde vive? Eso es lo que quiero saber. No puedo esperar a la noche o el trabajo se irá al demonio.

Me miró a la cara un buen rato. Debió llegar a la conclusión de que tenía delante un hampón de la peor calaña, porque acabó atrapando el billete de cinco pavos y dijo:

—Tiene un apartamento en la calle Clark, ahí, a la derecha saliendo. Es la casa donde hay un comercio de artículos de pesca, creo.

No me devolvió el cambio. Se embolsó los cinco dólares y ni siquiera se tomó la molestia de meter en la caja el importe del café. Caminé hacia el lugar indicado. Era un edificio sin muchas pretensiones y tenía un comercio de artículos de pesca en la planta baja.

Una escalera angosta se encaramaba a los pisos. Examiné las tarjetas del casillero de la entrada y descubrí que mi hombre ocupaba un apartamento de la tercera planta.

Subí y llamé a la puerta, asegurándome de que mi pistola salía de la funda sin impedimento alguno.

No respondió nadie. Volví a llamar, y luego aún lo intenté una tercera vez.

Tras esto decidí que ya había hecho todo lo que cabía esperar de un honesto visitante. Eché mano a mis habilidades y abrí la puerta con un delicado instrumento de acero que habría encandilado a más de un revientapisos.

La vivienda del nervioso hombrecillo comeuñas era una pocilga sin paliativos. Nadie debía limpiar aquello desde los tiempos del diluvio por lo menos.

Miré en torno antes de tocar nada. Uno podía quedarse pegado a la basura si se descuidaba.

Después di un vistazo a las fotografías de mujeres desnudas clavadas a las paredes con chinchetas. Eran toda una colección. Las había incluso en el dormitorio, enmarcando la revuelta cama.

Por muy cerdo que fuera el tal Craver me pareció que aquello era incluso demasiado pestilente para vivir allí. Invertí unos buenos diez minutos buscando rastros del paso de Craver por el lugar, pero no encontré ni uno. Los rastros de *whisky* en los vasos sucios estaban resecos, y lo mismo cabía decir de la suciedad que se encontraba pegada a cuatro o cinco platos abandonados en el fregadero.

El fulano hacía tiempo que no comía ni bebía en el apartamento.

De modo que inicié el registro con una idea concreta de lo que debía buscar. Creo que revolví más basura en la siguiente media hora que en toda mi vida.

Finalmente encontré algo interesante en un revuelto cajón de un armario, entre otros muchos papeles. Era sólo un recibo de alquiler, pero no de este apartamento precisamente.

Acababa de guardármelo en el bolsillo cuando alguien j llamó a la puerta.

Me quedé rígido. Después empuñé la pistola y corrí a la entrada. Solté el seguro del arma y colocándome pegado a la pared, esperé.

Empezaron a hurgar en la cerradura, tal como había hecho poco antes. La puerta cedió y me ocultó al abrirse. Oí un gruñido y los pasos de dos hombres.

El capitán Wiler y su inseparable sargento entraron indecisos. Yo dije:

—Eso se llama allanamiento de morada...

Dieron un brinco, volviéndose con las manos volando a las axilas.

Sólo que las detuvieron a la mitad del recorrido, mirándome

boquiabiertos.

Enfundé mi «45» y comenté:

—Te gané por la mano, Sean.

—¡Maldita sea tu fea estampa! Vas a ganarte algo más. No recuerdo haberte visto en mi oficina esta mañana.

—Aún «es» esta mañana. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—¿Y tú?

—Por caminos tortuosos. El pajarraco no está en el nido, así que no hemos avanzado mucho.

—Sabemos quién es y eso es algo. Pero tú, maldito seas, ¿cómo lo averiguaste?

—Recordé algo que sucedió hace un par de años.

Suspiró echando chispas.

—Debí imaginar que se te ocurriría. Bueno, ¿qué encontraste?

—Basura. No hay otra cosa.

—Supongo que has registrado esta pocilga...

—Sólo por encima. Acababa de llegar, pero no creo que puedas encontrar nada interesante... El tipo hace tiempo que no vive aquí. El sargento estaba admirando la colección de mujeres desnudas. La mayoría eran páginas de revistas de desnudo. Pero había algunas que eran fotografías en blanco y negro.

Fue delante de una de éstas donde el sargento se detuvo y exclamó:

—Vea esto, capitán.

Sean se volvió. Yo también presté atención.

La fotografía era de una dama de pechos opulentos, caderas anchas y piernas como esas esculturas griegas, llenitas y firmes. Tenía una cara provocativa con unos ojos que parecían haberlo visto todo, lo bueno y lo malo de este mundo.

Una dedicatoria, escrita con letra más bien torpe, rezaba:

No te olvida nunca, tu Sally.

—Es toda una pájara —graznó el sargento, encandilado.

—Tiene de todo y en abundancia —dije—. El problema estriba en saber quién es, y si esa dedicatoria iba dirigida a nuestro comeuñas o no.

—Lo averiguaremos. Esa tipa es una bailarina de abanicos, una especialista de *strip-tease* o la desnudista de un club barato. Tiene

el tipo adecuado. Además, la foto fue tomada entre bambalinas, fíjate...

Era cierto y ya lo había observado al primer vistazo. De cualquier manera no iba a ser una tarea fácil dar con ella.

Observé cómo revolvían todo el lugar hasta darse por vencidos. Excepto la dama de la foto nada de todo aquello ofrecía la menor posibilidad.

De modo que nos largamos a escape de aquel agujero. Ellos habían dejado su coche en la esquina. Me senté al lado de Sean y el sargento se ocupó de conducir.

Ya estábamos en marcha cuando el capitán gruñó:

—El pobre muchacho... se había casado hace dos meses.

—¿Qué, quién...?

—El agente que voló con tu coche.

Sentí un escalofrío.

—Lo siento, Sean. De veras lo siento...

—Sí, claro. Pero quiero meterte en la mollera que este caso tiene derivaciones personales para nosotros, ¿entiendes? Si te dedicas a tu juego predilecto de ocultar evidencias para salir en los periódicos, te aplastaré. Quiero a los hijos de puta que colocaron aquella bomba. ¡Los quiero enteros, en mis manos, vivos! Eso quería que supieras.

Asentí. Y cerré la boca, claro. Conozco a Sean como la palma de mi mano. Sé cuando me juego los dientes.

De modo que llegamos a su despacho sin que yo hubiera dicho una palabra.

Allí me entretuvieron un par de horas, entre una cosa y otra. Observé que se había redoblado la actividad en todos los departamentos.

Cuando me soltaron encendí un cigarrillo y recostándome en la silla dije:

—Estarás satisfecho, Sean. Ya tienes mis declaraciones por triplicado, firmadas y selladas y con todas las bendiciones. Ahora, ¿quieres responder una pregunta?

—Prueba a ver.

—¿Con qué arma mataron a Ellen Evans?

—Un revólver del «38» sin duda. Balas con camisa blindada.

Me levanté, dije algo como despedida y me largué a escape. Ya

había perdido demasiado tiempo.

Llamé al timbre de la puerta y esperé. Instantes después, un tipo gruñón preguntó:

—¿Qué diablos...? Vuelva más tarde.

—Es urgente, amigo. Traigo un recado para usted.

—¿De quién?

—Me envían de los billares.

—Tavern.

Hubo un silencio. Me preparé para lo que iba a seguir.

El tipo dijo:

—Un momento.

Corrió el cerrojo de la puerta. Me lancé contra ella con todo mi impulso de noventa kilos de peso.

La puerta casi saltó en pedazos. Se estrelló contra el hombre y lo envió hasta el otro lado del cuarto dando tumbos. Allí se estrelló de cara y cayó.

Llevaba sólo los pantalones de un pijama. Bueno, había llevado algo más: un revólver que ahora estaba sobre la alfombra, a medio camino de donde él sacudía la cabeza.

Cerré la puerta y le enseñé mi «45».

Boqueó, aún aturdido por el trastazo. De una habitación vecina una voz de mujer indagó:

—¿Qué pasa, Joel?

Y ella apareció.

Era digna de verse, porque surgió exactamente igual que la viera en la fotografía dedicada. Una especie de amazona de pechos como rocas, muslos redondos y piernas llenitas y espléndidas.

Le dediqué un vistazo a pesar de mis deseos.

—No me distraiga, preciosa. He venido a despedazar a su amado comeuñas.

—¿Qué, qué...?

—Vuélvase a la cama y cierre la puerta. Se llama Sally, si no me equivoco.

—Sí...

Giré la enorme pistola y ella vio el agujero del cañón. Dio un gritito y retrocedió de un salto. La puerta golpeó con estrépito cuando la cerró.

—Bueno, Craver, levántate. Vamos a jugar un poco tú y yo.

—¿Qué diablos quieres? No tengo nada contra ti... ni tú contra mí.
¿Qué te pasa, quieres volver a salir en los papeles?

—De modo que sabes quién soy.

—Tu foto está en todos los diarios, Luger.

—Claro. ¿Eras muy amigo de Steiner?

—Ni le conocía. Sabía de él porque la gente habla, pero eso es todo.

—Ya veo. Pero a Ellen Evans sí la conocías, hijo de perra.

Eso le dolió. Empezó a respirar como un fuelle, sentado en el suelo con la espalda pegada a la pared.

Avancé y recogí el revólver. Era un «38» y llevaba las estrías de la rosca para el silenciador en el cañón.

—Apuesto que la mataste con este petardo —dije, sosteniéndolo con dos dedos por el guardamonte.

Lo hice desaparecer en mi bolsillo. El se levantó mirándome con sus ojillos de rata inyectados de sangre.

—No sé de qué hablas, Luger —balbuceó.

Volteé la mano y la «45» se estrelló contra su cara fofa. Eso no le hizo ningún bien. Su mejilla crujió y él volvió a caer sentado al suelo.

—Ya te darás cuenta de que la cosa va en serio, Craver —dije, plantado ante él.

Se levantó con dificultad. Su cara se hinchaba y adquiría un oscuro color morado allí donde recibiera el golpe.

Chasqué la lengua.

—Alguien te envió a matar a Ellen —dije—. Ese alguien envió a otros para que colocaran Una bomba en mi coche. Quiero que me digas el nombre de ese alguien, Craver.

—Olvídalo.

Hice ademán de sacudirle con la pistola y él se llevo las manos a la cara, chillando.

Disparé un puntapié de abajo arriba. La punta de mi zapato llegó adonde yo quería y se hundió allí como un cuchillo.

Craver saltó en el aire antes de enroscarse, como un gusano, sobre la alfombra. Aulló unos instantes, sin apenas voz, hecho un ovillo.

—Te advertí, comeuñas. ¿Quién? Y cuando respondas a eso te preguntaré «por qué».

—¡Estás loco... nadie me dijo nada de ti!

—Te habló de Ellen entonces, de que debía morir.

Boqueó sin voz. El dolor le ahogaba.

Esperé.

Oí un rumor a mis espaldas y me volví de un salto, con la pistola amartillada.

La dama opulenta atisbaba por una rendija de la puerta. Sus ojos desorbitados miraban al hombrecillo enroscado y jadeante, y me sorprendió que diera muestras de contento.

—Cierre la puerta, hermana. Éste no es un espectáculo para damas.

—Yo no soy una dama, afortunadamente. Y quiero ver el espectáculo.

Salió, y juro que no se había puesto nada encima todavía. No llevaba más que el pelo sobre la piel.

—Oiga, ¿vive usted desnuda de modo permanente o qué?

Mi voz sonó como el graznido de un cuervo.

No me respondió. Sólo tenía ojos para contemplar a mi víctima.

Lo dejé correr y devolví mi atención a Craver.

—Arriba, héroe. Sólo hemos empezado a conocernos.

Ella rechinó entre dientes:

—Mátelo. Mátelo, Luger.

—Mi popularidad crece por momentos. ¿Por qué quiere que mate a ese renacuajo?

—Porque es un puerco degenerado... porque me ha tenido atrapada durante meses y por todo lo sucio que me obligó a hacer... Y no le cuento detalles para que no vomite sobre mi alfombra.

—Ya veo. ¿Oíste eso, Craver?

El tipo se alzó apoyándose en la pared. No pudo erguirse del todo a causa del dolor.

—Zorra —boqueó dominando el dolor—. Te arrancaré la piel.

—Me parece que no —dije—. Atención, porque vamos a continuar la charla.

Miré adonde le había machacado antes. El imaginó lo que yo quería y se encorvó, protegiéndose con las manos.

De este modo recibió el puntapié en plena cara. Hubo un estallido de sangre y algunos dientes saltaron aquí y allá. El cayó de espaldas y ni siquiera se quejó.

La amazona desnuda suspiró ruidosamente.

—Deseé ver algo así por meses... lo deseé más que respirar, palabra. ¿Cómo va a matarlo, lo ha pensado?

—Usted tiene ideas fijas. ¿Por quién demonios me ha tomado?

—He leído todo lo que se ha publicado de usted... Puede hacerlo, Luger. Usted puede hacerlo.

—Claro, y puedo colocarle una bomba bajo el trasero. Pero no puedo matar a la gente a sangre fría, ¿sabe?

No podía creerlo.

Atrapé a Craver por los cabellos y tiré hacia arriba.

Empezó a quejarse con voz débil, la cara aplastada y la boca reventada y sangrante.

—Ellen Evans —repetí—. ¿Quién te envió a matarla?

Trató de enfocarme con su turbia mirada. Disparé la rodilla hacia arriba. Sonó como una explosión y él comenzó a aullar entre agónicos estertores.

La amazona aplaudió.

—¡Así! —chilló—. ¡Déjelo inútil antes de volarle la cabeza... deseé hacérselo yo un millón de veces...!

Tomé impulso y lancé al hombrecillo contra la pared. Se estrelló con un impacto que hizo temblar las paredes. Su cabeza sonó a hueco con el topetazo y, abriéndose, empezó a sangrar a chorros.

Pensé que quizá me había pasado de rosca. Craver muerto no me serviría para maldita la cosa.

Sólo que aún vivía. Lo comprobé al inclinarme sobre él.

—Bueno, traiga un cubo de agua, nena. Vamos a reanimarlo un poco.

—¿Agua? Quisiera tener vitriolo...

—Alma más tierna... ¿Con qué diablos la amamantaron a usted, con ácido sulfúrico?

Rió enseñando una dentadura fuerte y blanca. Deslizó sus manos por sus costados, subiéndolas poco a poco hasta detenerlas bajo sus grandes senos. Los alzó todavía más y ronroneó:

—¿A usted qué le parece, cariño?

Aspiré hondo. Estaba buscando una respuesta adecuada cuando llamaron a la puerta. Eso me salvó.

Apreté la «45» y abrí de un tirón.

El cañón de mi pistola se hundió en la barriga del capitán Sean Wiler y la cosa no le gustó.

A mí tampoco, por supuesto.

—¡Maldita sea tu fea cara! —barbotó—. ¿Qué haces aquí, cómo

pudiste anticiparte a nosotros?

El sargento se levantaba sobre las puntas de los pies, atisbando por encima del hombro de Sean, alelado ante la visión del formidable cuerpo desnudo de Sally.

El capitán también se quedó boquiabierto mirándola.

El sargento jadeó sin voz:

—¡Como en la foto, capitán... como en la mismísima foto!

Entonces vieron también la piltrafa tirada contra la pared, aquella cosa con la cara aplastada y sangrante, enroscada como un gusano y eso estropeó su admirada contemplación de gloriosas curvas femeninas.

—Organizaste una auténtica orgía por lo que veo —refunfuñó Wiler—. Un tipo machacado y sangrando como una res en el matadero, una mujer desnuda... ¿Qué tienes pensado como apoteosis final?

—Los sarcasmos no te llevarán a ningún sitio, Sean. Ese renacuajo asesinó a Ellen Evans y yo quiero saber por cuenta de quién.

—Nosotros también queremos lo mismo, pero no de este modo.

—No hay otro. Estas ratas nunca hablan si se les pregunta con buenos modales.

—No quiero oír nada más al respecto. Ese hombre queda bajo nuestra custodia, arrestado como presunto asesino de Ellen Evans.

—¿Vas a leerle sus derechos con toda corrección?

—Lo haremos cuando esté en disposición de oírnos. Y me gustará ver cómo justificamos los desperfectos que tú le causaste.

Sally soltó un bufido, giró sobre los pies y se largó hacia su dormitorio. Cerró de un portazo y el sargento se quedó mirando aquella puerta como si estuviera a punto de llorar por la belleza perdida.

Craver gimoteó, aún inmóvil en el suelo.

—Déjame un poco más, Sean —pedí—. Te aseguro que hablará.

—Olvídalo. No quiero tener que justificar una muerte de esta clase, con un tipo hecho migas.

—Muy bien, pero él no dirá una condenada palabra, puedes estar seguro. Y el tipo que le pagó es el mismo bastardo que quiere mi pellejo. No voy a quedarme de brazos cruzados mientras me dan caza.

—Te informaré de cuanto averigüemos sobre este asunto, pero a partir de ahora nos pertenece a nosotros. Métete esto en tu dura

cabezota y todo irá bien.

Dio órdenes al sargento y éste levantó al desvanecido Craver sentándolo en una silla. Le reanimaron con no poco trabajo, y luego buscaron sus ropas, para lo cual el sargento hubo de entrar en el dormitorio.

Se metió allí esperanzado, pero el alma le cayó a los pies, defraudado. Sally se había vestido.

Ellos ayudaron a Craver a vestirse. El hombre se movía como en sueños, igual que si flotara en una dimensión astral en la que sólo él tuviera cabida.

De modo que se lo llevaron en volandas y yo encendí un cigarrillo, contemplando la cara fosca de la muchacha de cuerpo de amazona.

—Bueno, siento haberte defraudado —dije—. Uno no puede conseguir siempre todo lo que quiere.

—¿Crees que le encerrarán por mucho tiempo?

—Eso es seguro... ¡Maldita sea! No me acordé de darle al capitán el maldito revólver de Craver. Si es el mismo que utilizó para matar a la muchacha está listo.

—¿A qué muchacha, esa Ellen Evans de que hablaron antes?

—La misma. Le pegó dos tiros.

Se estremeció.

—Ojalá le hubieras matado —dijo entre dientes—. Es una mala bestia y créeme que sé de que hablo.

—Tú sabías la clase de individuo que era. ¿Sabes también para quién estaba trabajando?

—Supongo que para la pandilla de Hunt. A veces le llamaban por teléfono.

—Hunt no puede tener nada contra mí. Es sólo un jefecillo de segunda fila en el círculo del crimen local.

—Es todo lo que sé.

—Déjame dar un vistazo a las cosas de Craver antes de irme, preciosa.

—Todo lo suyo está en el armario... Sígueme.

Fui tras ella, y ver moverse la parte media de su cuerpo era un espectáculo no apto para cardíacos.

Abrió el armario y revisé los bolsillos de los tres trajes que colgaban en las perchas. No encontré nada. Tampoco los cajones donde el asesino guardaba la ropa interior hallé la menor pista que pudiera

conducirme al hombre que le pagaba.

Lo dejé correr y cerrando el armario me volví.

La amazona esperaba tendida sobre la cama, con las ropas revueltas y mirándome como si esperase verme saltar hacia ella como disparado por una catapulta.

Sacudí la cabeza.

—Debe ser una especie de enfermedad o algo así —dije con preocupación—. ¿Siempre estás dispuesta?

—Naturalmente que no. Sólo de vez en cuando.

—Tienes todo el aspecto de una devoradora de hombres.

—Me gustaría devorarte a ti, Luger.

—Iban a saltarte los dientes. Tengo una piel correosa como el cuero. Me encaminé a la puerta antes que aquella tigresa pudiera echarme la zarpa encima y devorarme. No creo que hubiese podido resistir ni un asalto con semejante monumento, después de la agitada noche que yo había pasado.

Así que me largué de allí muy preocupado por unas cosas y otras. Yo había cazado a Craver valiéndome de mi vieja amistad con Carole. Los polizontes le habían echado el guante siguiendo la pista de aquella fotografía. El resumen de todo eso era cero.

Yo seguía sin saber quién quería mi cabeza, y los polizontes no sacarían una palabra de Craver.

Por el momento, la cosa había terminado en tablas.

Me detuve en la esquina. Apenas pude creer en mi suerte, porque vi un taxi parado a mi lado. Cosas como ésta, cuando uno tiene prisa, sólo suceden en la tele.

Pero ahí estaba. Abrí la portezuela y salté dentro.

Entonces comprendí que no había sido suerte, sino todo lo contrario...

CAPÍTULO IV

Había un tipo sentado en el rincón más alejado del asiento, y el chófer rígido ante el volante.

El tipo de atrás tenía un revólver y lo balanceó para que yo lo viera bien.

—Tranquilo, Luger —me recomendó con sorna—. Tienes un pie en el otro barrio.

—Debo estar en baja forma —comenté—. De lo contrario nunca me habrían cazado de este modo.

—Todo es cuestión de paciencia. Arranca ya, Miller.

El hecho de que no tuviera inconveniente en mencionar sus nombres me preocupó todavía más.

El taxi arrancó y él aprovechó para hundirme el cañón del revólver en el costado.

—No te muevas aunque te haga cosquillas, Luger. Sólo voy a quitarte la artillería...

Se quedó con mi fiel «45» y silbó entre dientes, porque era un arma que impresionaba a cualquiera.

—Ahora puedes relajarte —dijo con ironía—. Vas a necesitar todas tus energías dentro de poco.

—¿Qué se supone que significa eso?

Desde el volante, el chófer gruñó:

—Cierra la boca, idiota. Y no le dejes hablar a él tampoco, esto no es una fiesta social.

—¿Qué es entonces, un entierro?

—Lo será si no te portas con sentido común.

Pensé que lo sería de todos modos, me portase como me portara.

El taxi desfiló por un laberinto de calles cercanas a los muelles. Después enfiló un callejón flanqueado por altos grandes muros de los almacenes portuarios, y al fin se introdujo por un ancho portón de uno de ellos.

Cuando se paró el motor oí rechinar las grandes puertas. El del revólver me empujó.

—Abajo.

Me apeé al mismo tiempo que el chófer cuyo nombre era Miller. Para entonces, él también empuñaba un revólver y parecía ansioso por utilizarlo.

Pude ver fugazmente a otro individuo que acababa de asegurar los cierres del portón por el que habíamos entrado.

Después me obligaron a caminar en dirección a unas escaleras de madera. Subimos y una vez arriba abrieron una puerta y me empujaron dentro.

Había otros dos tipos allí. Uno de pie, al lado de una ventana, y otro sentado detrás de una anticuada mesa de oficina.

El tipo sentado era Jeffrey Hunt.

—Bueno, Luger —cacareó—. Nos diste un trabajo endiablado.

No repliqué. Mis dos guardianes me dejaron delante de la mesa y se apartaron. Miller fue a sentarse en un rincón. El otro se estacionó próximo a la ventana donde ya se encontraba su compinche.

—Estás haciéndote muy popular, Luger —comentó Hunt con voz tranquila—. Eres el héroe del día.

—No me digas que Steiner era uno de tus muchachos, Hunt.

—¿Steiner? —bufó, despectivo—. ¿Quién habla de esa rata? Sólo le había utilizado un par de veces. No era de fiar.

—Entonces, ¿qué diablos hago yo aquí?

Suspiró hondo. Cualquiera podía pensar que le dolía tener que hablar de cosas desagradables conmigo.

—Johnson —dijo—. Nick Johnson. Por eso estás aquí.

—¿Johnson? —Les miré a todos fugazmente—. ¿Quién es ése?

—Era, Luger. Ahora está muerto, como ya sabes.

—Yo no sé nada de eso. Nick Johnson... No, seguro que nunca le conocí.

—Así que ahora matas a los tipos sólo por deporte, ¿eh? A voleo, sin conocerlos, a lo que salga —soltó un juramento y se echó adelante, encima de la mesa, mirándome con ojos que despedían chispas—. ¡Johnson pertenecía a mi grupo, estaba en mi nómina!

—¿Y se supone que yo lo maté?

—¿Quién otro?

La cabeza me daba vueltas.

—Espera un minuto, Hunt —supliqué—. Lo creas o no, te digo la verdad. Yo no maté a ese Johnson ni a nadie, excepto a Steiner, y a ése lo tumbé cara a cara. El también tenía una pistola. Eso es todo.

Movió su gran cabeza calva.

—Lo pones difícil, Luger —se quejó—. Nos obligarás a mostrarnos rudos contigo.

—Esto no tiene sentido. Oye, Hunt... ¿También Craver está en tu nómina?

—Sólo esporádicamente. Le pago cuando lo utilizo y eso es todo el trato que tengo con él. ¿Qué le hiciste, le obligaste a comerse el resto de sus uñas?

Miller gruñó:

—Los polizontes se llevaron a Craver, Jeff. Los vimos salir mientras esperábamos a éste.

—Eso no me preocupa. Craver sabe cuidar de sí mismo. Lo otro sí, Luger. Lo otro me tiene muy preocupado. Tan preocupado que me quita el sueño, ya ves si la cosa es grande.

—Empieza por decirme qué es eso tan grande. Quizá entonces sepa por donde navego.

—Muy bien, lo haremos a tu modo, pero después no te quejes. Nick Johnson era mi mano derecha, era casi yo mismo en muchos aspectos. Estábamos juntos hace más de quince años. Cuando me enteré que habías apiolado a Steiner la cosa me olió a chamusquina, porque Steiner había hecho un pequeño trabajo para mí hace menos de una semana. Así que envié a Nick a husmear aquí y allá, a ver qué sacaba en limpio. Debió encontrar algo y le diste el pasaporte. Pero no tan deprisa que no pudiera hacer una llamada por teléfono.

—Eso no tiene pies ni cabeza, Hunt.

—Calla y déjame terminar. Tú lo has querido de este modo.

—Bueno, adelante.

—Nick pudo llamar por teléfono a este despacho. Yo no estaba aquí, pero Miller sí y fue él quien atendió la llamada. Nick le dijo quien acababa de meterle un plomo y luego murió. Le encontraron tirado en el suelo, junto a un teléfono descolgado.

—¿Y dijo que yo le había metido esa bala?

—Ni más ni menos. El gran Burton Luger en persona. Y teniendo en cuenta que le cazaste cuando él estaba haciendo averiguaciones acerca de ti y de Steiner, y de sus conexiones con la organización de Leachman, la cosa está bastante clara.

—Ahora la pandilla de Leachman. Cada vez lo complicas más, Hunt. ¿O también he matado a Leachman?

—A él no, y hubiera sido lo único sensato de todo este asunto. No le mataste porque trabajas para él.

—¿Quién, yo?

El estupor me dejó mudo.

—Hace mucho tiempo que quiere pisarme el terreno, sólo que le faltan agallas para intentarlo abiertamente. Por eso te contrató... porque necesitaba un pistolero más o menos legalizado. Y tú no eres otra cosa, con toda tu chapa de detective privado.

—Escucha, Hunt, y métete en la cabeza que te digo la verdad. Leachman me llamó por teléfono hace varios días. Quería contratarme para que investigase algo relativo a las apuestas, creo. No acepté el trabajo y eso le fastidió. Pero ya no hubo nada más entre él y yo. Nunca trabajé para Leachman.

—No te creo, Luger. Estás defendiendo tu pellejo panza arriba, eso es todo. Pero acabarás por decirme lo que quiero saber, o sea, el trato que hiciste con él y dónde está ahora, dónde se oculta como una rata cobarde que es. Nos dirás todo eso, y ahora.

—Pierdes el tiempo.

Se encogió de hombros.

—Disponemos de todo el tiempo del mundo —dijo—. Lo vas a pasar muy mal.

Miró por encima de mí y fue entonces cuando advertí por primera vez que Miller se había deslizado a mi espalda. Debió captar alguna señal que yo no vi, porque volteó la mano y su puño estalló contra mi oreja. Sentí una explosión en el cerebro, y un dolor lacerante y agudo que me dejó flotando un buen rato.

Cuando empezaba a volver a este mundo, él me sacudió de nuevo, esta vez con un gancho de abajo arriba que me levantó de la silla y me arrojó al suelo dando tumbos.

Quedé jadeando, tirado de bruces. Oía sus voces como si llegasen de muy lejos, borrosas y débiles.

Al fin pude levantarme. Nadie me interceptó en mi camino de regreso a la silla. Dejaron que me derrumbara sobre ella y que recobrara un poco el resuello.

Después, Hunt dijo:

—Ya ves que la cosa va a ser dura, Luger. Dime dónde se oculta Leachman y te dejaremos en paz.

—No sé nada de Leachman. Y en cuanto a dejarme en paz, lo creeré

el día del juicio final... Hagas lo que hagas no podré decirte lo que ignoro. Ni que pongas otra bomba en mi coche.

—¿Bomba?

—¿No sabes de qué te estoy hablando?

—En absoluto. ¿Quieres decir que alguien colocó un petardo en tu cacharro?

—Y lo hicieron volar, pero con un policía en el volante.

El pistolero que me había escoltado en el taxi dijo:

—Oí hablar de eso, anoche, Jeff. Pero no sabía que el coche dinamitado fuera el de Luger.

De nuevo me parecía que el mundo estaba girando al revés. No había sido Hunt quien ordenara volarme con mi coche. Por lo tanto, tampoco...

—¿Dónde entra Ellen Evans en todo esto, Hunt? —le espeté.

—¿Quién?

—Craver la asesinó anoche.

Parecía auténticamente desconcertado.

—Cuéntame eso —gruñó—. Sin adornos, sólo los hechos.

Expliqué lo que sabía respecto a la muerte de Ellen.

Cuando callé, él paseó la mirada entre su gente.

—¿Alguno sabía algo de eso? —les espetó.

Todos negaron. La cosa no me sorprendió, por cuanto era imposible que la noticia del crimen hubiera llegado a tiempo a las redacciones de los diarios de la mañana, dada la hora en que fue descubierto el asesinato de la hermosa rubia.

—Aunque todo esto sea cierto, Luger, no tiene nada que ver con nosotros ni nuestro negocio. Lo nuestro es Leachman, de modo que volvamos al tema. ¿Dónde está?

—Te dije antes que...

Ni siquiera me dejaron terminar. Miller me sacudió otra vez, y de nuevo besé el suelo. La cabeza me dolía como el infierno y comenzaba a notar un extraño zumbido dentro de ella.

Mientras estaba tirado sobre el suelo de tablas decidí que ya había soportado bastante. A partir de aquel momento alguien iba a salir descalabrado.

CAPÍTULO V

Regresé a la silla como un vagabundo que encontrara un remanso de sombra y de paz en su camino abrasado de sed y de calor.

Hunt remachó:

—Ya te dije que no tenemos prisa, Luger.

—Necesito un cigarrillo —jadeé.

Saqué el paquete del bolsillo y me llevé un pitillo a los labios. Volví a guardar el paquete y extraje las cerillas.

Me dejaron encenderlo sin hablar. Devolví las cerillas al bolsillo y mis dedos se cerraron en torno a la culata del revólver de Craver.

Saboreé el humo, miré a Miller de reojo, a mi lado.

Luego me levanté de un brinco y volteé la mano dejándoles ver el revólver amartillado.

—La fiesta terminó —dije—. Todos contra la pared, y tú el primero, Miller, porque estoy impaciente por devolverte lo que me diste...

Hunt vomitó una blasfemia.

—¿No se le ocurrió a nadie registrarle? —dijo, sarcástico.

—Le quité la pistola, Jeff. ¿Cómo iba a pensar que tendría otro petardo en los bolsillos?

—¡Junto a la pared, aprisa! —grité.

Se alinearon uno al lado del otro, con Hunt en medio.

—Ahora, media vuelta, de cara a la pared... Así, eso está bien.

Me acerqué a ellos con cautela y fui librándoles de sus armas. Recuperé mi «45» y cuando lo enfundé experimenté una viva sensación de seguridad.

Cuando le tocó el turno a Miller, le sacudí un trastazo en la nuca con la culata y se hundió sin una queja. Quedó en el suelo muy quieto, con la sangre asomando entre sus cabellos.

—Voy a salir de aquí, Hunt —le informé—. Si alguno tiene prisa en morir sólo con que asome la nariz por la puerta antes de tiempo y le daré gusto.

—Ya te encontraremos otra vez, Luger —rechinó entre dientes.

—Puede, pero en la próxima ocasión las cosas serán diferentes. Alguien morirá y puedes jurar que no seré yo.

Abrí la puerta. Apenas intenté salir, al pie de la escalera retumbó un arma y la bala levantó un surtidor de astillas a un palmo de mi cara. Había olvidado al tipo que viera en el almacén.

Hunt soltó una risita y ladeó la cabeza.

—¿Y ahora qué, héroe?

—Ven aquí —ordené rechinando los dientes—. ¡Ven aquí o por todos los diablos que te clavo contra la pared!

Vino de muy mala gana. Le empujé hacia la puerta clavándole el cañón del revólver en la espalda. Era su propio revólver.

—Tú delante, Hunt.

Se paró en el umbral. Cuando le empujé gritó:

—¡No dispaes, Gurney!

Salimos al rellano. El tipo de abajo nos miró por encima de su pistola.

Di un empujón a Hunt y con un grito cayó rodando escaleras abajo. Armó un estrépito infernal, pero no tan fuerte como para ahogar los dos disparos que nos cruzamos el tal Gurney y yo.

El disparó alto, quizá por temor a herir a su jefe, que bajaba las escaleras rodando. Yo no tenía por qué andarme con precauciones.

El resultado fue que su bala pasó por encima de mi cabeza, y en cambio la mía le pegó en mitad de la cara y se lo llevó por delante dando traspiés.

Se desplomó al suelo al mismo tiempo que Hunt se estrellaba abajo. Para entonces yo ya estaba saltando los escalones de cuatro en cuatro. Llegué al portón y justo cuando lo abría Hunt empezó a gritar algo.

Salí a la calleja y eché a correr, lastrado por el peso del arsenal que me había embolsado allá arriba.

Cuando pude cazar un taxi le dije al chófer que me llevara a la Jefatura de policía de la ciudad. Si había alguien confundido hasta el delirio en aquellos momentos, ése era yo.

Encontré a Sean en su despacho. No se alegró de verme, y menos cuando comencé a desparramar sobre la mesa toda la colección de armas que pertenecieran a la gente de Hunt.

Al tocarle el turno al «38» que me había salvado el pellejo, anuncié:

—Este petardo pertenece a Craver. Puede que sea el mismo con el que asesinó a Ellen Evans, ¿no te parece?

Eso fue lo único que le alegró el ánimo. Aporreó un timbre hasta

que un policía de uniforme asomó por la puerta. Le entregó el revólver ordenándole que lo llevara a balística. Luego habló con ese departamento por el teléfono de comunicación interior y, finalmente, devolvió su atención a mi humilde persona.

—Estos pequeños detalles me reconcilian contigo —reconoció con una mueca—. Ahora cuéntame de dónde sacaste todo este arsenal, y quién te dejó la cara como un mapa.

—Estoy hecho un lío, Sean. Y tengo la impresión de que las tres cuartas partes de hampones de la ciudad corren detrás de mi pellejo. Y la otra cuarta parte no lo hace porque aún no leyeron los periódicos...

Estuve un buen rato explicándole mis aventuras con Hunt y su gente, asegurándome de que me entendía a la primera. De modo que cuando terminé dije como remache final:

—Así que ahora tengo a Hunt que quiere mi cabeza, pero que no ordenó colocar el explosivo en mi coche. Tampoco fue él quien pagó a Craver para que asesinara a la Evans, todo lo cual me lleva a la conclusión de que, quien sea que despilfarra su dinero por verme muerto, es alguien que se mueve en las sombras y de quien no sabemos una maldita cosa. A menos, claro está, que Craver haya cantado.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No habló. Sólo abría la boca para reclamar un abogado.

—Claro, ya te advertí.

—Continuamos trabajando en esa línea, y tengo a cinco de mis hombres interrogándole sin tregua. O se vuelve loco o estalla.

—¿Quién se ocupa de las pandillas, Sean?

—El teniente Jordan, pero no está aquí en estos momentos. ¿Qué quieres saber?

—La importancia real de Hunt por un lado, y de Leachman por otro. Qué territorios controlan, de qué poder disponen y cosas así. Estoy intrigado por lo que Hunt dijo.

—Ese bastardo controla la zona de los muelles y parte de la costa, si nuestros informes no mienten. En cambio, Leachman y su gente se mueven en la ciudad. Apuestas, droga, prostitución... En fin, lo clásico. Corren rumores de que ambiciona extender su influencia, ampliar su territorio y anexionar la zona portuaria. Eso le facilitaría la recepción de la droga.

—¿No habéis podido cazarle nunca tampoco?

—¿Cómo, sin una maldita prueba? Una cosa es saber lo que hacen, y otra muy distinta probarlo, o averiguar «cómo» lo hacen. Ese Leachman es un tipo muy vivo. Muy vivo y muy bestia, por lo que sé.

—Y Hunt cree que yo trabajo para Leachman. Valiente estupidez.

—¿Aún no se te ha ocurrido nada que te relacione con Ellen Evans?

—En absoluto. Nunca hubo nada por ese lado. Todo esto es un asunto de locos.

—En el que estás metido hasta las cejas, Burt.

—Ya lo sé. Otra cosa, envía a alguien a detener a la amazona de Craver. Organizó toda una representación en mi honor, pero aprovechó cuando se encerró en su dormitorio la primera vez para llamar a Hunt. Por eso estaban esperándome cuando salí, y ya habían visto cómo te llevabas a Craver. Apriétale los tornillos a la pájara, aunque no creo que saques nada en claro tampoco.

—¡Qué te parece! Aquella tipa con tantas curvas, y su generosidad al mostrarlas...

—Quién sabe, a lo mejor se desnuda en el interrogatorio. Parece gustarle.

—¿Que la interrogué? —se asombró.

—Desnudarse.

Me largué a la calle. El sol calentaba de firme, las mujeres iban ligeras de ropa y yo tenía un puñado de asesinos pisándome los talones.

Lo mandé todo al demonio y me largué hacia Santa Mónica.

CAPÍTULO VI

Carole runruneó:

—Mi estrella debe estar cambiando. Dos veces en sólo una noche y una mañana... Es como para preocuparse.

Estábamos tendidos sobre la arena de la playa, con el sol quemando nuestras espaldas. Oíamos el rumor de las olas, y los gritos de los chiquillos en la orilla y todo era paz.

Ladeé la cabeza y vi su cara vuelta hacia mí. El sol reverberaba en la arena y entre ella y yo parecía interponerse una neblina de oro.

—Te sienta bien el bikini —comenté perezosamente.

—Cuando estemos en casa dejaré que me veas sin él, como anoche. ¡Oh, Burt! Estuve pensando en nosotros cuando te fuiste. Aún podríamos conseguirlo.

—Conseguir... ¿qué?

—Un poco de felicidad tal vez. Un poco de paz, todo eso a que tenemos derecho para huir de la soledad.

Cerré los ojos y di la vuelta quedándome de cara al cegador cielo azul.

—Dudo que pudiésemos acostumbrarnos a la rutina, querida.

—Tú no sé. Yo... ¿No sientes nunca el peso de la soledad, Burt?

—A veces.

—Yo, siempre. Es como una losa, algo que la envuelve a una, que hace pensar en el mañana con desesperanza, con desaliento. A mí me ocurre cada vez más a menudo.

No repliqué. La cosa estaba complicándose y yo sólo ansiaba paz, silencio y sentir su proximidad, aspirar el aroma vital de su cuerpo caliente de sol y brillante de aceites protectores.

Dejamos pasar un buen rato inmóviles, como lagartos tendidos al sol de un día perfecto. Después corrimos hacia el agua y nos dejamos mecer por las olas, cogidos de la mano, flotando igual que restos de un naufragio. Quizá fuésemos realmente los restos del naufragio de nuestras vidas.

Era más de media tarde cuando regresamos a su vivienda en el bloque de apartamentos.

Aún quedaban numerosas muchachas en la piscina. Nos miraron descaradamente. Carole murmuró:

—Supongo que están asombradas. Nunca me habían visto con un hombre.

—Estás arriesgando tu reputación.

—Eso es cosa mía.

Nos duchamos juntos sin inhibiciones de ningún género. Nos abrazamos y besamos y conseguí olvidar todo el maldito asunto, y la amenaza que se cernía sobre mi cabeza.

Cuando intenté arrastrarla hacia la cama se desprendió de mí como si jugara.

—Es pronto aún —protestó—. Algunas de las chicas vendrán a la oficina antes de retirarse. Y luego está la cena... Quiero cenar contigo, solos, beber un poco y escuchar música abrazada a ti.

Me dejó solo en el dormitorio. El aroma de su cuerpo flotaba en torno mío como un hechizo.

Seguí sin preocuparme de nada y ella consiguió que todo saliera según sus deseos. Preparó una cena deliciosa, envueltos en la música suave de su alta fidelidad.

Tomamos café y ella abandonó una botella de coñac francés cerca de mí, al lado del diván.

Me obligó a tenderme en él para apoyar la cabeza en sus muslos y cerró los ojos. Tal vez fuera cierto que aún estábamos a tiempo de conseguir un puñado de felicidad. Si todas las noches fuesen como la que estábamos viviendo...

Saboreé el coñac y escuché música, con el calor de su piel en mi mejilla. No recuerdo si hablamos o no. Quizá no necesitábamos formular palabras para comunicarnos.

Cuando nos levantamos del diván fue como si obedeciésemos una orden no formulada. Un acto natural, espontáneo. La abracé y creo que fue la primera vez que al tener una mujer en brazos experimenté ese raudal de ternura, ese deseo de hacer que fuera feliz, que gozara con plenitud del eterno juego del amor, sin pensar en mi propio goce.

También la acción de cerrar la puerta del dormitorio con nosotros dentro resultó algo tan natural como el hecho de respirar.

Fue una noche perfecta, como nunca antes hubo otra para mí.

Y quizá tampoco para ella.

Había reunido todos los periódicos de la tarde anterior, y los de la mañana. Formaban un buen montón sobre la mesa del desayuno.

Saboreé el café mientras los revisaba.

La muerte de una rubia bailarina de *strip-tease* no era una noticia destacable. Ocupaba un discreto recuadro en las páginas interiores, y eso era todo.

En cambio, encontré la crónica sobre el hallazgo del cadáver de un tal Nick Johnson, conocido pandillero. Tenía dos balazos en la espalda y la policía opinaba que se trataba de un simple ajuste de cuentas entre pandillas rivales.

Yo opinaba de distinto modo...

Cuando levanté la mirada descubrí a Carole en el umbral de la puerta, mirándome con una ligera sonrisa en los labios.

—¿Sabes? —murmuró—. Me siento como una novia después de su noche de bodas...

—No te pongas romántica. Yo me siento como si hubiese caído de lo alto de un rascacielos. Debo estar haciéndome viejo.

Sonrió y vino hacia mí. La besé y dije:

—He de irme.

Asintió sin hablar. No hizo aspaviento alguno cuando me vio colocar la pistola en la funda. Luego, cuando me marché, se quedó en la acera, siguiéndome con la mirada mientras me alejaba calle abajo en busca de un taxi.

Llegué a Jefatura en el momento en que Sean se disponía a salir.

Se detuvo y me espetó:

—Oye, ¿por qué no ingresas otra vez en el cuerpo? Pasas más tiempo aquí que en tu oficina.

—En un mes haría polvo todos los reglamentos. No me conviene.

—Ya, claro..., por eso renunciaste. Bueno, ¿qué necesitas esta vez?

—Sólo echar un vistazo a los informes sobre Ellen Evans.

—¿Para qué? ¿Has recordado algo?

—Nada, sólo quiero repasarlo todo por si se me ocurre alguna idea.

—Sube arriba y pídeselos al sargento.

—¿Qué hay de la amazona?

—Nada. No pudimos agarrarla por ningún lado. Juró que no había llamado a Hunt. Ni siquiera sabía quién era, y, ¿por qué iba ella a

llamar a nadie? Odia a Craver y te adora a ti. ¿Qué te parece?

—Yo también me adoro. Ya te dije que era una pájara muy lista.

Hizo un gesto de despedida y se fue.

Subí y hablé con el sargento. No dudó en dejarme leer todo lo que tenían respecto al crimen. Así me enteré de las dos cosas que me interesaban. La primera, que el revólver de Craver era el arma asesina. Las balas que acabaron con la vida de la estrella habían sido disparadas por aquel «38». Y, segunda, la dirección de Ellen Evans.

Devolví el legajo y abandoné el edificio policíaco.

La desgraciada rubia había ocupado un apartamento en un edificio que llevaba el nombre de Paradise Palace. Era un nombre pomposo, que no correspondía a la realidad. El edificio había sido remozado ligeramente y sus antiguos pisos familiares convertidos en diminutas leoneras que costaban un ojo de la cara.

Llamé al de Ellen sólo por rutina, de modo que casi me caí de espaldas cuando la puerta se abrió y la muchacha apareció en el umbral.

Era una mujer espléndida desde todos los ángulos. Tenía de todo en abundancia, arriba, abajo y en medio; y sobre todo ello, una cara pizpireta y suave a un tiempo, con ojos azules que se agrandaron al verme. Debía haber leído los periódicos, seguro.

—¿Puedo entrar? —dije—. Quiero hablarle de Ellen.

Sus bonitas facciones se contrajeron en un gesto de pena.

—Pase —murmuró—. Usted fue quien la encontró, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabe? Los periódicos no mencionan mi nombre en relación con este caso.

—La policía. Me lo dijeron cuando estuvieron aquí.

—En eso tomaron la delantera.

—¿Cómo dice?

—Olvídelo.

Cerró la puerta y la seguí al interior. Tenía una manera de moverse que mareaba.

—Ellen vivía aquí, ¿no es cierto?

—Compartíamos el apartamento.

—Comprendo. Si la policía le contó lo sucedido, ya sabrá que ella me llamó. Necesitaba mi ayuda, y al mismo tiempo quería advertirme, prevenirme más bien, de un peligro que después he

comprobado que era real...

—También sé eso por los policías.

—Está bien, la cuestión es ésta: ¿sabe usted por qué me llamó a mí, o qué era lo que la atemorizaba?

—De sus temores no sé nada en absoluto. En cuanto a llamarle a usted... Bueno, habíamos leído los reportajes sobre ese tiroteo, y visto su nombre y fotografías en los periódicos. Quiero decir que cuando se vio en apuros acudió usted a su memoria porque hacía poco había estado leyendo los diarios.

—Es posible que fuera eso, pero en todo caso no es todo, porque ella quiso prevenirme del peligro que también me amenazaba. Dicho de otro modo, ella y yo estábamos unidos de alguna forma en el peligro, aunque no nos habíamos visto nunca antes.

—Eso también es un misterio para mí. Lo que fuera, debió ocurrir la noche anterior a la de su muerte, porque cuando salió de aquí no estaba asustada ni inquieta.

—Investigaré en el teatro por si sucedió algo allí.

Ella sacudió la cabeza.

—Era lunes, ¿recuerda? No había función ese día...

Ellen y las chicas fueron a una fiesta privada, como animadoras. Ya sabe lo que es eso.

—Ahora quizá estamos llegando a alguna parte. ¿En qué lugar se celebró esa fiesta?

—No lo sé, Ellen no creo que lo mencionara. Pero las otras muchachas del coro deben saberlo.

—Se lo preguntaré. Me ha ayudado usted mucho... Éste... ¿Cuál es su nombre?

—Bárbara.

—Apuesto a que todo el mundo la llama Babs. Gracias por todo.

Estreché su mano y volví a la calle. Ya tenía un nuevo dato sobre el que trabajar. No era mucho, y para comprobarlo debía esperar a que el teatro abriera sus puertas.

Quizá por eso fue un día tedioso. Vagué de un lado a otro como un perro callejero, porque no me atreví a ir a la oficina, y menos a mi casa de la colina, porque si había cazadores con mi nombre escrito en una bala lo más lógico era suponer que estuvieran esperándome en esos lugares precisamente.

Entré en un cine y salí sin haberme enterado de la película que

ofrecían. Comí algo en un tugurio y estuve tentado mil veces de regresar a Santa Mónica.

Y al fin llegó la hora, y yo entré al teatro por la puerta del escenario, como si todo el caso volviera a empezar.

Sólo que no era así. Nada en el mundo vuelve atrás, y menos el tiempo.

La garita del portero estaba vacía. Mi admirador aún no había llegado, así que me interné hacia la puerta por donde viera aparecer y desaparecer aquel delirio de pechos saltarines. Oí el agitado parloteo dentro del camerino y llamé con los nudillos.

No me oyeron. No me habrían oído ni golpeando con un martillo, porque parecía que todas hablaban a la vez.

Así que empujé la puerta y asomé la cabeza. El parloteo se convirtió en una explosión de grititos, risas y chillidos.

Yo también estuve a punto de chillar, porque uno puede enfrentarse con una mujer desnuda y aún le quedan algunas probabilidades de sobrevivir. Pero enfrentarse con doce cuerpos sin ropa es un trauma mortal de necesidad.

Volví a cerrar la puerta y me quedé jadeando, buscando valor para entrar en aquel manicomio.

Antes de que lo encontrara, la puerta se abrió y una de aquellas nenas salió al pasillo. Se había envuelto con una bata demasiado estrecha para ella, pero por lo menos no me torturaba con la descarada visión de todos sus tesoros.

—Usted otra vez —me acusó—. ¿No tiene nada mejor que hacer que venir a espiarme cada noche?

—Así que me recuerda.

Se echó a reír.

—¿Cómo podría olvidarle? Usted casi se desmayó en mis brazos.

—De modo que fue usted... No me fijé en su cara.

—Claro, estaba devorándome los pechos con unos ojos como platos. Y después nos enteramos de lo de Ellen... Lástima que no llegara usted un poco antes.

—Sí, fue lamentable. Por eso he vuelto.

—¿Para qué? No le entiendo.

—He sabido que Ellen y ustedes asistieron a una fiesta la noche del lunes, porque el teatro no abría ese día. ¿Fue usted también?

—Todas. Nos pagan extra y una lo pasa en grande... si tiene un

poco de suerte, claro. A veces se tropieza con algún baboso y la cosa no resulta nada divertida.

—¿Dónde se celebró la fiesta?

—En una casa grande, cerca de Universal City, en Hollywood.

—Bueno, alguien sería el propietario de la casa, digo yo.

—Maldito si sé quién es el dueño. Nos dieron la dirección y la hora. Hubo de todo y en grande. Fue una gran fiesta.

—Supongo que recuerda la dirección...

—Era el número ochocientos seis de Canyon Road, o algo así.

—¿No está segura?

—Espere, preguntaré a las chicas.

Volvió al camerino y cuando regresó dijo que la calle era Canyon Road, sin ninguna duda.

—¿Recuerda también si sucedió algo desusado en la fiesta, algo en lo que interviniera Ellen, por ejemplo?

—Nada. Todo fue estupendo.

—Le agradezco su ayuda, preciosa.

Rió otra vez. Dejó que la besara ligeramente como despedida y salió a escape antes que la cosa se complicara demasiado.

Entré en una farmacia y eché mano a la guía telefónica de Hollywood, busqué en el tomo de calles y no fue difícil averiguar a quién pertenecía la casa número 806 de Canyon Road.

El propietario era Bryan Leachman.

Ni más ni menos.

CAPÍTULO VII

Gené en cualquier parte y no me di ninguna prisa. Antes de meterse en el terreno de un tipo como Leachman era cómo para pensarlo dos veces, y después olvidarlo.

Reflexioné a fondo y no llegué a ningún lado. Todo lo que podía comprender era que, la noche del lunes, algo había sucedido en la fiesta del cabecilla del crimen, algo que había sentenciado a muerte a la rubita Ellen, y a mí de rebote. Forzosamente debía ser así por cuanto Ellen Evans había acudido al guateque sin ninguna preocupación, pensando únicamente en divertirse y ganar algún dinero extra.

Adivinar qué era lo que había desencadenado la muerte me pareció tan difícil como la cuadratura del círculo.

Así que sólo quedaba un camino: ver qué cara tenía el tal Leachman... y confiar en la Providencia, o en el ángel tutelar de los detectives privados, si es que existe un ángel lo bastante loco para aceptar ese título.

Salí a la calle y eché a andar sin dejar de darle vueltas al tema. Claro que había otros sistemas de hacer las cosas, pero ninguno me pareció lo bastante bueno para, al mismo tiempo de arriesgar el cuello, averiguar qué era lo que aquel maldito tipo tenía contra mí. Y seguir de una pieza después, naturalmente.

Elegí uno de esos sistemas. Tal vez fuera que no me decidía a arriesgar el cuello, vaya usted a saber. De cualquier modo era como dar un rodeo o algo así. Como si para ir de Los Angeles a San Francisco uno emprendiera el camino de Las Vegas, ya me entienden.

Cuando uno ha pasado nueve años de su vida en el cuerpo de policía, Departamento de Homicidios, y dos más ejerciendo de detective privado, conoce su ciudad como su propia mano. Sabe cada uno de sus recovecos, dónde se ocultan las ratas y dónde puede encontrar cualquier cosa que se le ocurra.

Hasta una bala si no andaba listo.

Me dirigí a Wats en un taxi. Lo que yo buscaba sólo podía

encontrarlo allí.

Lo encontré en una taberna mugrienta, sumergido en alcohol. Me costó un buen rato despabilarlo lo bastante como para que me reconociera. Le hice algunas preguntas y obtuve un nombre.

Otro viaje y otro tugurio. El nombre correspondía a un tipejo con cara de ratón cuyos ojos saltones se agrandaron al verme.

Después miró en torno con cautela.

—No me interesa que me vean con usted, Luger —susurró con aires de conspirador—. Todo el mundo sabe la clase de polizonte que es.

—Pero no todo el mundo está dispuesto a pagarte diez dólares.

—¿A cambio de qué?

—El nombre y la dirección de una dama.

—¿Dama?

—Una fulana.

—Oh, claro. ¿Qué fulana?

—La de Leachman.

Pegó un salto y casi tiró la silla en que estaba sentado.

—Oiga, Luger, usted debe haber perdido la chaveta.

—¿Por qué? Es sólo un nombre.

—Pero que lleva veneno. Leachman la cuida como a las niñas de sus ojos. ¿Va a meterse usted con ella?

—No; sólo quiero tener una charla con la fulana, eso es todo.

—No sé..., es peligroso.

—Si esperas conseguir más de diez dólares, vale más que cambies de idea. Estoy empleando dinero mío en este negocio.

—Está bien, pero yo no le he dicho nada. Ni siquiera me conoce.

¿Entiende?

—Por supuesto, es la historia de siempre. Veamos ese nombre.

—Jacky Brith.

—¿Y sus señas?

—Tiene un apartamento en el Corean Gardens.

—Vive por todo lo alto, ¿eh?

—Puede permitírselo. Es él quien paga... Recuérdelo, ni siquiera me conoce.

Le di sus diez dólares y me largué de aquel agujero.

Como yo había imaginado, Leachman, como todo hampón que se precie, tenía su punto flaco, su muñeca cara de la que presumir y con la que revolcarse de vez en cuando.

El edificio Korean Gardens sí tenía clase, ya lo creo.

Se alzaba a espaldas de Sunset, en medio de un frondoso jardín que lo aislaba del tráfico, del vecindario y, en parte, de la polución.

El portero lucía su uniforme de almirante en día de gala, repantigado en su puesto. El vestíbulo de mármol negro era una concurrida plaza en la que hubiera podido acampar un cuerpo de ejército con equipo de campaña, de modo que atravesarlo en medio del ir y venir no fue ningún problema. Nadie me preguntó nada, y los elevadores eran automáticos, así que con sólo dar un vistazo a la lista de inquilinos encontré lo que buscaba.

A pesar de lo avanzado de la noche, el movimiento era incesante en aquella colmena de lujo. Subí hasta la cumbre en un elevador que hundió mi estómago en el suelo y me dejó temblando en un rellano alfombrado, acolchado y acondicionado.

Sólo había una puerta en él. Pegado a la puerta un número curioso. El cero.

Saqué la pistola de la funda y la deslicé dentro del bolsillo. Mantuve la mano dentro, empuñándola, y sólo entonces llamé. Uno nunca sabe lo que puede esperar en estos casos, y a lo peor Leachman había decidido que ésa era una buena noche para jugar al hogar dulce hogar.

Un minuto después, la puerta cedió todo lo que daba de sí la cadena de seguridad. Unos ojos profundos, verdes como esmeraldas pulidas, me examinaron por la rendija.

—¿Quién es usted? —quiso saber la chica.

—¿Está Leachman en casa?

—No.

—Entonces, necesito hablar con usted.

—Yo no quiero hablar con nadie, y menos a estas horas de la noche. Hizo ademán de cerrar la puerta. Yo dije apresuradamente:

—Habrá de charlar con la policía de Homicidios y los reporteros de sucesos, si se niega a hablar conmigo.

Volvió a ensanchar la rendija y a examinarme con cautela.

—No trate de asustarme. Puedo recitarle de memoria toda la lección sobre mis derechos, los mandamientos judiciales, y todo adornado con la mitad de las leyes del código. ¿Qué clase de juego se trae usted entre manos?

—No es ningún juego; es un asesinato y un homicidio que cuando

llegue ante el jurado será presentado también como asesinato en primer grado, porque la víctima fue un policía.

Parpadeó, pero no pude estar seguro de haberla impresionado. Era una de esas damas que saben de antemano todas las respuestas.

Me enseñó los dientes en una mueca.

—Oiga, amigo. Si cree que me ha impresionado, olvídelo. Estoy segura de que yo no he matado a nadie, así que lárguese y no vuelva.

—Bueno, pensé que desearía proteger usted su fuente de ingresos. A Leachman no va a gustarle esa actitud.

—Eso se lo preguntaré cuando le vea.

Me dio con la puerta en las narices. Volví a llamar y esta vez tardó un siglo en acudir.

Entonces cometió el primer error. Abrió la puerta sin tomar ninguna precaución y eso la delató.

—Entre —gruñó—. Le escucharé para saber qué es lo que quiere, y cuando haya terminado llamaré para que le echen de aquí a puntapiés.

Cerró la puerta y yo dije:

—Coloque la cadena, preciosa.

—¿Qué?

—La cadena de seguridad. Colóquela como estaba antes.

Se turbó un poco, no mucho. Aún pensaba que me la había jugado.

—¿Para qué? Usted ya está dentro.

—Yo sí, y ahí está el nudo del problema.

Ante sus ojos furiosos volví a colocar la cadena, de modo que fuera imposible abrir la puerta desde fuera.

Ella titubeó. Debió pensar que ya surgiría la oportunidad de retirarla y me llevó a un saloncito espléndido, con un gran ventanal por el que se accedía a una terraza.

—Ahora, suelte el rollo y lárguese —me espetó.

—Se trata de Leachman y su fiesta. O mejor dicho, de lo que sucedió en la fiesta. Supongo que estaba usted allí.

Arrugó el ceño.

—Está hablando en chino. ¿Qué fiesta, qué pasó en ella y qué tiene que ver conmigo?

—La noche del lunes, ya sabe, cuando Leachman contrató a las chicas del Emporium para que animaran su reunión en la casa de

Canyon Road.

A juzgar por su expresión, no sabía una palabra del asunto, pero intentó disimularlo. Estaba poniéndose nerviosa a cada minuto.

—¿Y qué con eso? —bufó—. Fue una de tantas fiestas. Bryan suele darlas cuando se reúnen un grupo de amigos.

—¿Estaba usted allí?

Titubeó una fracción de segundo.

—Sí —dijo.

—Bueno, entonces sabrá qué sucedió.

—No sé qué sucediera nada fuera de lo normal.

—Pruebe otra vez. Allí empezó todo.

—¿Qué es todo para usted?

Esbocé una mueca. Ella no sabía nada de la fiesta ni lo que había pasado en casa de Leachman. Además, trataba de ganar tiempo desesperadamente.

De pronto dijo:

—Bueno, no he querido mostrarme desagradable, se lo aseguro... Iré a prepararle algo de beber si le apetece.

—Gracias. Un *whisky* estará bien. Sin agua, por favor.

Asintió y se fue. Ella también debía ser aficionada a dar rodeos, porque para ir a la cocina, o donde fuera, lo hizo dirigiéndose primero a la puerta del apartamento. Volvió a aparecer en medio minuto, me sonrió y se metió por otra puerta, que cerró a sus espaldas.

Me deslicé hacia la entrada. Tal como había imaginado, ella había quitado la cadena de seguridad. Volví a colocarla de modo que nadie pudiera entrar sin llamar y regresé al saloncito.

Cuando ella apareció con dos vasos en las manos, yo estaba sentado en una butaca, saboreando un cigarrillo. Entonces saboreé también el *whisky* antes de proseguir:

—Volvamos a lo que interesa... Usted no sabía una sola palabra de la fiesta del lunes por la noche, ¿no es cierto?

Dio un respingo y sus ojos lanzaron chispas.

—¿De dónde saca semejante idea? ¡Claro que lo sabía! Estuve allí.

Sacudí la cabeza.

—Leachman la guarda para él en exclusiva —dije—, y aquello fue una especie de orgía colectiva. El no permitiría que sus invitados, o lo que fueran, pusieran sus pecadoras manos sobre ese hermoso

cuerpo que le pertenece.

Estaba enfureciéndose por momentos.

—¿Qué diablos quiere decir? Yo no le pertenezco a nadie. ¿Qué cree que soy, un perro de aguas?

—Una belleza que vive a costa de un hampón, eso es lo que yo creo que es usted. Pero le aseguro que no me importa en absoluto. Mi lema es vive y deja vivir, así que su vida es cosa suya. Lo de la fiesta es cosa mía, en cambio, porque está en juego mi cabeza.

Miró furtivamente su relojito de pulsera, una chuchería de oro y brillantes que debía costar una suma parecida a lo que yo gano en un año.

Y en aquel momento hubo un chasquido en la puerta del apartamento, cuando la cadena se tensó de golpe.

Ella me miró, alarmada. Le enseñé los dientes en una mueca y dije:

—Alguien intenta forzar la entrada... Menos mal que colocó usted la cadena, de lo contrario...

—¿La cadena? —boqueó—. ¡Dios, la cadena!

Hizo ademán de echar a correr y hube de mostrarle la pistola para que estuviera quieta.

—Déjeles que lo intenten. Cuando se hayan puesto nerviosos les echaremos una mano.

—¡Está loco! Ha vuelto a colocarla mientras yo...

—Ni más ni menos.

Al fin cesaron los forcejeos de la entrada y sonó el timbre una y otra vez.

Ella miró despavorida en aquella dirección.

—No lo intente —dije—. Le aseguro que para salvar mi pellejo soy capaz de darle a usted en la cresta si me crea problemas.

—Pero..., pero ¿qué intenta?

—Poner nerviosos a los perros de presa de Leachman y a él mismo si está ahí fuera. Cuando estén a punto de estallar veré lo que hago.

—Lo que haga usted no puedo ni imaginarlo, pero sí sé lo que Bryan le hará...

—Me parece que ya lo intentó. Déjele que queme el timbre.

Hicieron méritos suficientes para quemarlo. Luego, una voz tronó por la rendija de la puerta:

—¡Jacqueline! ¿Qué infierno pasa ahí dentro? ¡Abre esa maldita puerta! ¿Me oyes, Jacky?

Ella se estremeció. Estaba blanca como el papel.

—¿Es Leachman?

Mi pregunta casi la hizo saltar en el aire.

—Sí... Oh, Dios..., ¡está furioso...!

El vozarrón tronó una vez más, y yo dije suavemente:

—Respóndale que yo tengo una pistola y que no puede moverse.

Dígaselo lo bastante alto para que la oiga.

Tragó saliva. Hizo un par de intentos fallidos antes de encontrar la voz. Entonces chilló:

—¡Me tiene atrapada, Bryan..., lleva una pistola...!

—¡Condenado hijo de perra! —estalló el hampón—. ¡Luger! ¿Me oye?

—¡Seguro!

—Le quemaré vivo si hace el menor daño a Jacqueline.

—Hombre, no pensaba hacerle daño, sólo llevarla a la cama si esto se prolonga demasiado.

—¡Maldito sea, ni lo intente!

—Escuche, Leachman. ¿Cuántos matones trae consigo?

—¡Al diablo!

—Los que sean, sobran si quiere tener la fiesta en paz. Despídalos. Sólo así le dejaré entrar, porque es con usted cara a cara con quien quiero charlar un poco.

—¿Cree que nací ayer?

—No sé, acaso ni siquiera nació. Un aborto semejante puede incluso surgir por generación espontánea en un cubo de basura.

Barbotó una barbaridad y alguien sacudió la puerta como si quisiera arrancarla de sus goznes.

La puerta resistió y la cadena cumplió con su obligación.

Hubo un largo silencio. Debía estar deliberando allá fuera.

Unos minutos después, la voz de Leachman dijo con tono conciliador:

—Oiga, Luger, vamos a hablar con calma. ¿Sí?

—Adelante, desgáñtese.

—Le propongo un trato. Deje salir a Jacky, y le prometo que entraré yo sólo para hablar con usted como quiere, cara a cara.

—Qué le parece... Tipo más razonable...

—¿Me ha oído?

—Seguro.

—Piénselo, Luger. Piénselo con calma y luego decida.

Casi me pilló. El fulano se las sabía todas.

Cuando caí en la cuenta de lo que tramaba, pegué un brinco y atrapé a la muchacha por el brazo.

—¿Dónde está la escalera de incendios? —le espeté con voz queda

—. ¡Vamos, vamos, aprisa!

—En la cocina..., es lo mejor que puede hacer si quiere salir entero de aquí.

—Usted delante, primor. Y rápido.

Casi corrió delante de mí. Llegamos a la amplia cocina y ella señaló la ventana. Se quedó paralizada cuando vio que su dedo señalaba la cara contraída de un fulano que intentaba abrir la ventana desde el otro lado.

El tipo gritó algo y sacó una pistola. Ella chilló. La aparté de un golpe y apreté el gatillo cuando ya el cristal saltaba en pedazos a causa del disparo del pistolero.

Sentí un tirón en alguna parte, pero él debió sentir algo más, porque braceó en el aire, se venció hacia atrás y doblándose sobre la barandilla de hierro, desapareció.

Sentí el corazón golpeándome en la garganta. No me habían atrapado por cuestión de segundos.

Di un vistazo a la muchacha. Estaba sentada en el suelo mirándome aterrorizada. Como no hizo ademán de moverse aproveché para examinar mis desperfectos.

Vi un desgarrón en mi chaqueta, a la altura del cinturón. La aparté. La bala había desgarrado también la camisa, pero ni siquiera había rozado mi piel. Estaba vivo de milagro.

Entonces oí los gritos de Leachman a la entrada. Obligué a la descompuesta pelirroja a precederme de vuelta al saloncito y desde allí dije:

—¡Su esbirro falló, Leachman! Le encontrará despatarrado al pie de la escalera de incendios.

Hubo un gran silencio cuando callé. De modo que tras unos instantes añadí:

—Usted solo, Leachman, o su preciosa amiguita va a pasarlo muy mal.

Más silencio. Debían estar deliberando una vez más.

Siempre llevando a la chica por delante, hice otro viaje a la cocina y

atisbé por la ventana.

No subía ningún pistolero más por la escalera, pero resonaban voces alarmantes por todos lados y multitud de luces barrían las sombras de los tramos metálicos de la escalera de escape.

Oí la palabra «policía» en varias ventanas. Debían haber llamado ya con toda seguridad.

Llevé a Jacky a la salita y pegándome a la pared me deslicé hacia el vestíbulo. No pude oír nada allí. Me arriesgué un poco más y asomé la cabeza.

Vi la puerta abierta todo lo que daba de sí la cadena de seguridad, pero ningún movimiento al otro lado. Ni una voz, ni un susurro.

Nada.

Leachman se había largado. Apreciaba más su pellejo que la integridad de su amorcito pelirrojo.

Me di a todos los diablos y abrí de un tirón.

El pasillo estaba desierto.

CAPÍTULO VIII

El capitán Wiler estaba rojo. No había para menos.

—¡Maldita sea! —barbotó por enésima vez—. ¿Qué esperas conseguir ahora, que publiquen tus fotos a todo color en todas las primeras páginas de los periódicos?

—Espero seguir vivo por algún tiempo, eso es lo que espero y no otra cosa. Toda esta publicidad que tanto te enfurece está resultándome fatal.

Tragó aire y se contuvo. Dio un mordisco al extremo de un gran cigarro puro, sólo que estaba tan furioso que se equivocó de extremo y lo decapitó por donde no debía.

Lanzó un juramento y el puro, todo a la vez.

—Vuelve a contarme esta sarta de insensateces. A ver si ahora me entero de cuál era tu brillante idea.

—Todo lo que quería era atrapar a Leachman, solo. Pensé que podría obligarle a entrar sin sus esbirros, teniendo a la chica conmigo. Ahora sé que todo este maldito asunto gris gira en torno a él, Sean.

Y conté lo de la fiesta, y cómo forzosamente las cosas debían haber empezado allí para Ellen, y de carambola para mí.

—A veces me maravilla que puedas ir por el mundo con esos sesos de mosquito que tienes. Si sabías eso, ¿por qué no viniste a decírmelo? Nosotros habríamos podido interrogarle a fondo.

—¿Crees que nací ayer? La policía nunca tiene ocasión de interrogar a tipos como Leachman. Yo también fui policía, ¿recuerdas? Siempre aparecen protegidos por una legión de picapleitos amaestrados y son ellos los que responden a las preguntas.

—En cambio, tú pensabas obligarle a cantar...

—Sí.

—Haciéndole pedazos.

—Sí.

—Como a Craver, ¿eh?

—Exactamente.

—Pues déjame decirte que con Craver estamos en un lío. Ha sido internado en el hospital. Los médicos dicen que está muy grave.

—Tengo la esperanza de que se muera.

—Sí, bueno, pero quienes tendremos que responder las preguntas de los chicos de la prensa seremos nosotros, los brutales polizontes. En cambio, de ti sólo publicarán tu foto y esta nueva hazaña... Ahí es nada, arrojar a un tipo desde el piso vigésimo del Corean Gardens... Su voz llena de amargo sarcasmo se quebró a causa de la cólera. Le dejé que se calmara.

Cuando eso sucedió suspiró hondo, recogió los restos del puro y, tras examinarlo con cuidado, le prendió fuego.

Por entre la primera nube de humo dijo:

—Volvamos a lo que interesa. ¿Qué supones que sucedió en esa fiesta?

—Ni idea. Tampoco la chica del coro con la que hablé pudo pensar en nada fuera de lo corriente.

—Parece el juego de los despropósitos. Una chica acude a una fiesta como otras muchas veces. Sólo que pasa algo que la sentencia a muerte, y al mismo tiempo te involucra a ti y ponen precio a tu cabeza. Hunt te caza, acusándote de estar trabajando para Leachman, y casi te mata. Y Leachman es quien te quiere ver muerto. Si le ves algún sentido a todo eso me como el cigarro sin molestarme en apagarlo.

—Y Hunt quiere atrapar a Leachman también, no lo olvides. Se puso bruto porque no pude decirle dónde cazarlo.

—¿Sabes lo que pienso? Sería una gran cosa que se volaran mutuamente sus podridos sesos. Uno al otro quiero decir.

—Háblales así a los reporteros y te habrás jugado el empleo.

Se encogió de hombros y me abandonó para ocuparse de su gente.

Al cabo de unos minutos abrí la puerta del dormitorio y Jacky levantó la mirada. Cuando me vio soltó un bufido de despecho y dijo, rechinando los dientes:

—¿Qué más tiene planeado, señor Luger, para cuando se marchen los polizontes?

—Aún no lo he pensado.

—Quizá le gustaría arrojarme a mí también por encima de la barandilla...

—Me gustaría arrojarla sobre la cama, si no fuera la chica de

Leachman. Siendo quien es, todo lo que quiero es olvidarla pronto..., tan pronto como haya respondido a una pregunta.

—Olvídeme desde ahora. No hay respuestas.

—Puedo decirle al capitán Wiler que usted me preparó la trampa para que su amante me asesinara.

—¿No se lo dijo ya?

—Aún no. Callé algunas cosas, ¿sabe? Por ejemplo, que antes de permitirme entrar usted llamó por teléfono a Leachman y tras esto me franqueó el paso. Quitó la cadena de seguridad de la puerta para que los pistoleros de Leachman pudieran sorprenderme mientras usted me daba cuerda... Eso equivale a una acusación de complicidad en un intento de homicidio.

—Ya veo...

—No me gusta andarme con rodeos cuando el tiempo apremia, Jacky. O responde esa pregunta o acabará la noche en una celda. Se estremeció.

—Ignoro aún qué clase de pregunta tiene pensada.

—¿Dónde se oculta Leachman? Usted le llamó por teléfono, así que sabe dónde encontrarle en todo momento.

—¿Quiere que le delate, que le ponga en sus manos? Se equivocó, desgraciado. Bryan podrá ser un hampón, pero conmigo siempre se portó generosamente.

—Leachman está acabado, muñeca. No saldrá de este lío con la cabeza sobre los hombros. Si no le cazo yo, caerá en manos de Hunt, o de la policía. En el mejor de los casos tiene la cárcel como perspectiva, sobre todo si se prueba que él ordenó volar mi coche, porque con mi auto voló también un policía y varias personas que circulaban por la acera. Le toca decidir a usted si quiere quedar libre cuando él caiga, o dejar que Leachman la arrastre en su caída.

—Ha sido todo un discurso.

—Muy bien, prepare algo para ponerse cuando esté entre rejas. La dejé y cerré la puerta.

No me había alejado dos pasos cuando la puerta se abrió y ella dijo:

—Vuelva aquí, hijo de perra.

Volví. Ella cerró y se quedó mirándome. Era un dormitorio espectacular, pero no me entretuve en contemplar los detalles. Sólo la miré a ella y esperé.

—Se lo diré —susurró—. Pero tiene que jurarme que nadie sabrá

jamás que yo delaté a Bryan.

—Usted no le delata. Sólo me da unas señas.

—Es lo mismo. Me mataría si...

—Le doy mi palabra de honor, Jacky.

Suspiró y sus hombros se hundieron cuando barbotó unas señas y un número de teléfono.

Luego señaló la puerta con un dedo rígido y rechinó salvajemente:

—¡Y ahora fuera de aquí, bastardo! Su proximidad me da vómitos.

—Y acostarse con un asesino, ¿no la hace vomitar?

No hubo ninguna respuesta. Yo tampoco la esperaba. De modo que abandoné el dormitorio, cerré la puerta y busqué a Sean Wiler.

Me disponía a despedirme cuando él dijo:

—Estuve pensando en lo que me contaste de tu tropiezo con Hunt. El te acusó de haber matado a ese Nick Johnson, ¿no es cierto?

—Seguro. Y dijo también que Nick Johnson era su brazo derecho, su hombre de confianza. ¿Por qué?

—No sé... Quizá fue Leachman quien liquidó al tal Johnson.

—Olvidas algo importante, Sean. Hunt dijo también que Johnson había tenido tiempo de llamar por teléfono antes de reventar. Fue cuando le dijo que yo le había disparado y de ahí provenían mis dificultades con él.

—Quizá no entendieron bien... ¡Eh, espera un minuto! ¿Cómo infiernos no pensé antes en eso?

—¿En qué?

—Es cierto que encontraron a Nick Johnson al lado de un teléfono descolgado, con dos balazos en la espalda. Uno de los plomos le acertó el corazón, se lo hizo polvo. Acabo de recordar el informe del forense.

—¡Cristo!

Quedé boquiabierto, mirándole. Nunca en mi vida me había sentido más estupefacto.

—El no pudo hacer esa llamada, Burt —remachó—. Nadie con el corazón hecho pedazos por una bala tiene energías para llamar por teléfono. Muere instantáneamente.

—Pero Hunt aseguró que...

Me quedé sin voz y me llamé estúpido en todos los idiomas que conocía, que no eran muchos.

—Ya veo... Fue uno de sus pistoleros quien dijo haber atendido la

llamada de Johnson, un tal Miller. Me parece que he sido un idiota, Wiler...

—Eso no me sorprende.

—Te veré en tu oficina.

—¿Adónde crees que vas? Quiero...

Le dejé hablándole a las paredes y salí de estampida.

El resto de la noche fue un incesante ir y venir, buscando los contactos adecuados, preguntando aquí y allá, desparramando algunos dólares en las manos ávidas de los chivatos y tratando de unir los fragmentos de algo que estaba formándose en mi mente.

Tuve una actividad endiablada y cuando me di cuenta ya era casi la hora del alba, pero estaba satisfecho. Entonces me encaminé al lugar cuya averiguación acababa de costarme alrededor de un centenar de dólares.

Era un hotel de medio pelo. Uno de esos hoteles de apartamentos tan adecuados para hombres solitarios.

Miller debía ser un solitario en sus horas libres.

Bueno, en esa madrugada me dispuse a hacerle compañía.

CAPÍTULO IX

Dormía tan profundamente que no oyó siquiera el chasquido de la puerta. Cualquiera hubiera pensado al verle que era un pacífico padre de familia con la conciencia tranquila y satisfecha.

Miré en torno y no vi nada que delatara sus gustos personales, excepto una botella de «Ray» vacía. Quizá eso explicara su pesado sueño.

Atrapé la botella por el gollete, la levanté y utilizándola como una maza la estrellé contra la cabeza del durmiente.

La botella saltó en pedazos, y su cabeza casi también.

Pero Miller pasó del sueño a la inconsciencia sin darme problemas, que era de lo que se trataba.

De modo que procedí a amordazarle y luego le até a la cama de pies y manos. Por la ventana comenzaba a despuntar el día.

Ya había salido el sol cuando empezó a rebullir. Le abofeteé sin violencia, sólo para despejarle un poco. Me miró sin verme, pero cuando sus ojos pudieron enfocarme trató de levantarse de un salto. Entonces descubrió su situación y la cosa no le gustó poco ni mucho.

—Tómalo con calma, Miller. Ya tendrás tiempo de brincar cuando te arranque la piel a tiras.

Emitió una serie de gorjeos bajo la mordaza.

—No me interesa lo que quieras decirme respecto a lo que te ocurre, ni lo que me harás cuando me atrapes. Lo que quiero que me cuentes, es cómo un tipo con el corazón pulverizado por una bala pudo llamarte por teléfono y decirte que yo le había disparado. Sus ojos se agrandaron.

Le pregunté amablemente:

—¿Quieres contármelo, Miller?

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

Aún estaba moviéndola cuando le golpeé con su propio revólver.

Se abrió un ancho surco en su sien. Una brecha que le descendía hacia la mejilla. Instantáneamente la sangre manó, mezclándose con la que brotaba de su cráneo.

—Atiende, querido amigo —dije, aún con amabilidad forzada—, estoy peleando con mi pellejo y eso hace que no respete las leyes ni las buenas costumbres. ¿Entiendes lo que te digo?

Si las miradas mataran, yo habría caído fulminado en aquel mismo instante. Sin ninguna retórica, sus ojos despedían llamas de odio.

—Voy a exponerte lo que yo creo. Después hablarás tú, y si no lo haces habrán de sacarte de aquí metido en un cesto del carro de la carne. Johnson no pudo llamar por teléfono porque la bala que le partió el corazón debió matarle de modo fulminante. Pero tú dijiste que lo había hecho, y que te había dado mi nombre como el de su matador, cosa evidentemente falsa. De modo, Miller, que tú sabías que Johnson estaba muerto. Lo sabías porque le habías apiolado tú. ¿Me equivoco?

Siguió mirándome de aquel modo que daba grima, pero no hizo el menor gesto.

Volví a golpearle un par de veces, sólo para que dejara de mirarme. Casi dejó de respirar y comprendí que debía andarse con tiento si quería oírle la voz.

Cuando volví a revivir repetí mi pregunta:

—¿Por qué me mezclaste en el lío? Claro que si aún no estás seguro de que te conviene hablar, puedo seguir desmenuzándote la cara.

Levantó el revólver. Lo miró con ojos desorbitados y al fin sacudió la cabeza de un lado a otro.

—¿Quieres contármelo, Miller?

Asintió.

Aún le advertí, no obstante:

—Si gritas me obligarás a matarte. Y si tratas de tomarme el pelo morirás igualmente. ¿Lo entiendes?

Volvió a afirmar con la cabeza.

Así que le quité la mordaza y empezó por soltar una obscenidad dedicada a mis antepasados. Eso no me hacía ningún daño, de manera que lo pasé por alto.

Escupió la sangre que le había entrado en la boca y, jadeando, gruñó:

—Si me dejas vivo, cuídate, Luger, porque te buscaré aunque sea en el infierno...

—Puede que vivas y puede que no. Eso dependerá de ti, muchacho.

—Te lo contaré, maldito seas.

—Sin adornos, Miller, porque el tiempo apremia.

—¿Y cuando haya hablado...?

—Me largaré de aquí. No te alteres, te dejaré vivo: tienes mi palabra.

Aún lo pensó un poco, mirándome de aquella manera capaz de alterarle el pulso a un cadáver.

Después, a regañadientes, empezó a hablar.

Y fue una historia edificante, ya lo creo que lo fue. Al fin supe la verdad, y supe también que alguien iba a pagarme un coche nuevo...

* * *

El brillante «Cadillac» negro se deslizó despacio, pegado a la acera para que yo pudiera verlo bien.

Jeff Hunt estaba agarrado al volante y nos miramos cara a cara, con la mitad de la acera separándome del auto.

Lo detuvo. Yo aún observé los alrededores. No vi nada sospechoso.

Así que me acerqué a él y di un vistazo al asiento posterior. A veces hay tipos con ideas, pero allí tampoco había nadie.

El se inclinó sobre el asiento y abrió la portezuela.

—He venido solo, Luger. Pero empiece a rezar si esto es sólo una encerrona.

Me acomodé a su lado.

—Ya le dije por teléfono que yo jugaría limpio, Hunt, a menos que usted eligiera lo contrario. Lleve el coche hacia el parque, sin prisas. Condujo con cuidado y estacionó en una plazoleta rodeada de vegetación.

—¿Y bien? Todavía sigo pensando que está tramando algo sucio, Luger.

—¿Trajo usted los quince mil dólares?

Asintió.

Ya tenía un coche nuevo.

—Cuando le llamé por teléfono acababa de tener una larga charla con uno de sus esbirros..., Miller.

—Me sorprende que Miller no le rebanara el pescuezo.

—No pudo. Yo no le di ni la sombra de una oportunidad.

—Sigo esperando que me diga qué tiene a cambio de quince mil

dólares.

—El nombre de quien mató a Johnson, y lo que es más importante, por qué le mataron.

—Creo que he perdido el tiempo viniendo aquí. Eso lo sé desde el principio. Fue usted.

—No sea idiota. No fui yo, fue el propio Miller.

Dio un brinco en el asiento.

—¿Qué?

—Miller le mató, y luego hizo la comedia de la llamada telefónica, involucrándome a mí para que usted nunca sospechara de él y tuviera un chivo expiatorio a quien pedir cuentas. Johnson no pudo llamar a nadie después de recibir los tiros, porque una bala le partió el corazón. Murió fulminado.

—Oiga, Luger...

—Puede comprobarlo por el informe del forense.

—Ya puede jurar que lo comprobaré. Ahora dígame por qué Miller le mató. Y trate de que sea una buena historia.

—Ya lo creo que lo es. Miller está a sueldo de Leachman. Un traidor infiltrado en su organización, Hunt... Leachman le paga muy bien... a la espera de utilizarle para despacharle a usted del mundo de los vivos.

—Luger, todo esto resulta increíble... y está jugando con fuego.

—Ya lo sé. Escucha esto todavía: usted envió a Johnson a investigar después de que yo matara a Steiner. Así supo que Leachman solía utilizarle alguna que otra vez, de modo esporádico, y que había buscado un detective privado. El detective era yo. Johnson estrechó el círculo de su investigación hasta el mismísimo Leachman. Había una gran juerga en una casa que él tiene en Hollywood. En esas fiestas Leachman suele reunir a sus distribuidores de toda la costa. Les obsequia con buen champaña, lindas muñecas y una orgía por todo lo alto. Y trata de negocios también.

—Continúe.

—La noche del lunes, Miller fue a entrevistarse con Leachman. Estaban dando los últimos toques a su golpe maestro, eliminarle a usted y quedarse con todo el territorio. Sólo que Johnson descubrió a Miller con Leachman y eso le sentenció.

Oí rechinar sus dientes. Al fin empezaba a creerme.

—Leachman quiso asegurarse de la lealtad de Miller y le cedió el

honor de acabar con Nick Johnson. Miller le mató en presencia de Leachman..., sin advertir que una de las mujeres de la fiesta había sido testigo del crimen, cometido en el garaje de la residencia de su adversario, Hunt.

—Y usted, ¿dónde entra en el juego?

—Ya llegamos a eso. La chica se llamaba Ellen Evans. Llena de espanto por lo que acababa de ver, se alejó corriendo y eso la delató. Miller fue tras ella, pero no pudo detenerla antes de que entrara en la casa. Una casa llena de hombres y mujeres divirtiéndose en grande, ¿comprende? Ellen se le escabulló y la perdió de vista. El regresó al lado de Leachman y éste le ordenó que se fuera. Debía llevarse el cadáver de Johnson en el coche y dejarlo en cualquier lado. Miller lo llevó al propio apartamento de Johnson y preparó la comedia que habría de servir para que nunca nadie sospechara de él.

—¿Y la chica, y usted, dónde entran en todo esto?

—Leachman la cazó casi una hora más tarde. Aterrorizada, la muchacha se agarró a un clavo ardiendo para prolongar su vida. El clavo ardiendo fui yo.

—Ahora no le comprendo...

—Ella había leído mi nombre en todos los periódicos, junto con la historia de cómo había abatido a Steiner.

Incluso lo había comentado con su compañera de apartamento. Bueno, en su desesperación dijo que si le sucedía algo sería aún peor para Leachman... porque mientras estuvo escondida en la casa me había llamado por teléfono, contándome lo ocurrido. Según Leachman contó después a Miller, incluso añadió que yo ya estaba en camino de la residencia.

—¿Y no era cierto?

—En absoluto. Me llamó al día siguiente, efectivamente, para que acudiera al teatro. Y me previno de que yo estaba en peligro igual que ella. Cuando llegué allí, Craver ya la había asesinado.

—Pero ¿cómo pudo escapar de la casa de Leachman?

—Una de esas cosas... Leachman la encerró en una habitación interior, mientras se ocupaba de prepararme un recibimiento a modo. Y dio la casualidad que una pareja que buscaba refugio para sus juegos amorosos abrió aquella habitación. Ellen huyó como alma que lleva el diablo, naturalmente.

—Ya veo... Leachman contrató a Craver para no implicar a ninguno de sus hombres en el asunto. Un tipo muy vivo.

—Tanto, que si usted se descuida le comerá el terreno.

Hunt hizo una mueca de disgusto.

—Yo tampoco soy tonto... en ninguna circunstancia. En estos momentos tengo a mi gente vigilándonos y le apuesto a que usted no lo ha advertido.

—Cuidado, Hunt... No lo estropee ahora o se perderá lo mejor.

—¿Tiene algo más aún?

—Sí. Algo que le gustará... cuando me haya pagado lo convenido por teléfono.

Asintió y sacó un sobre. Lo abrió y contó el dinero ante sus narices.

Había quince mil hermosos dólares. Acababa de ganarme un coche nuevo, aunque el responsable de la voladura del viejo fuera Leachman.

—Bueno, suéltelo, Luger. ¿Qué guarda como traca final?

—Dos cosas más, Hunt. Y que conste que no merecería mi ayuda teniendo en cuenta cómo me trató.

—¡Al grano, maldito sea!

—Primera: le dejé a Miller empaquetado en el apartamento del hotel donde vive. Me alegrará saber que ha sufrido un accidente. Y segunda: ésta es la dirección donde Leachman se mantiene oculto, a la espera de su oportunidad.

Tomó el papel y me miró con la boca abierta. Aquélla era la dirección que me diera la dama pelirroja.

—Luger, es usted un hijo de perra muy listo —dijo, admirado—. Poniendo a Leachman en mis manos se asegura que él no podrá cortarle el cuello, ¿no?

—Por lo menos, ésa es la idea general.

Se echó a reír. Después, inclinándose por delante de mí, abrió la portezuela y dijo como despedida:

—Lea los periódicos mañana, compañero. Se divertirá.

—Estoy seguro.

Salté del coche. El dio dos secos toques de claxon y empezaron a salir hombres de entré la vegetación, como brotados de la tierra.

Cerré los dedos en torno a la «45» y esperé, dudando entre sacar la pistola o esperar.

Hunt sacudió la cabeza:

—Lárguese, fisgón. Sólo piense que hoy ha nacido por segunda vez...

Me largué al diablo de allí. Cualquiera no.

Pero esperé después cerca de la salida del parque. El «Cadillac» iba abarrotado hasta el techo, con hombres amontonados en el compartimento trasero. La expedición de guerra había comenzado.

Hice unos cálculos rápidos y luego busqué un teléfono. Aún estuve plantado allí quince minutos más y después entré en la cabina, marqué el número de teléfono que también me facilitara la pelirroja amiga de Leachman, y al primer timbrado la voz de éste gruñó:

—¿Sí?

Aspiré hondo.

—Habla Luger, hijo de perra. Hunt y su gente están a punto de caerle encima.

—¿Qué? ¡Maldito...!

—Todo lo maldito que usted quiera, pero acabo de enviarlos para que le ajusten las cuentas. Así que empiece a rezar, Leachman, y que la muerte le sea leve.

Empezó a gritar dando órdenes a alguien antes de colgar el teléfono de golpe.

Salí de la cabina y encendí un cigarrillo. Sin ninguna duda, leer los periódicos de la tarde sería divertido.

Llamé un taxi y me fui a Jefatura, pero Wiler no estaba allí, de modo que le dije al sargento Aldrich dónde podría encontrar a Leachman y su gente, le conté parte de la historia y después esperé a verle salir disparado con una fuerza de diez hombres armados hasta los dientes, en dos rápidos coches policiales.

Con la conciencia tranquila de quien ha cumplido un deber cívico, atrapé otro taxi al vuelo y le ordené llevarme a Santa Mónica.

* * *

El sol calentaba la arena y la piel de mi espalda, tumbado cerca de las olas como un gran lagarto satisfecho. Había mujeres en bikini desperdigadas aquí y allá, y a lo lejos una tribu de chiquillos semisalvajes chillaban como una bandada de gaviotas.

Yo estaba en paz conmigo mismo.

Luego oí el roce de sus pies en la arena y sus largas y hermosas

piernas se materializaron delante de mis ojos semicerrados. Fui subiendo la mirada poco a poco, abarcando toda aquella extensión de piel tostada por el sol. Los detuve un momento en el ingenioso triángulo que parecía incrustado arriba de sus muslos y después seguí subiendo.

La oí reír, pero no me apresuré porque aún me faltaba sortear las cumbres espléndidas de sus senos. Coronarlos fue toda una hazaña, porque estaban casi al descubierto, apenas sujetos por algo semejante a una tira retorcida y tensa.

Al fin alcancé su rostro y lo vi tan bello como siempre, aunque con una expresión ávida que me produjo escalofríos.

—Sentía tu mirada en la piel como si fueran tus dedos acariciándome —ronroneó, tendiéndose a mi lado.

—Y estaba acariciándote —confesé.

Se inclinó hacia mí y dejó que la besara en la boca profundamente. Estábamos en medio de la gente, así que el beso no fue una gran cosa. Sólo una larga llamarada que me puso tenso y casi salté sobre ella.

—¡Tú, bruto!... —jadeó—. Ya no somos jovencitos para retozar al aire libre. Disponemos de todo un dormitorio para nosotros solos.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

—Hay tiempo..., mucho tiempo, querido. Vamos a nadar.

—Tú debes tener alma de sádica...

Pero nadamos, y jugamos en el agua, y cuando llegó el crepúsculo creo que nos sentíamos tan llenos de vida, de ilusiones y de deseos como a los ya lejanos veinte años.

Así que corrimos a su vivienda para ducharnos y librarnos de la arena. Yo albergaba mis propios planes para las horas inmediatas, pero tratándose de mujeres uno nunca está seguro de nada.

Carole quiso organizar otra larga velada hogareña.

Hubo cena especial, vino, café y música de fondo. Coñac francés y diván confortable, todo ello interrumpido de vez en cuando por alguna de sus inquilinas.

Aproveché para dar un vistazo a los periódicos de la noche. La información había alcanzado las últimas ediciones por los pelos, pero era suficiente.

Se había desatado una batalla de *gangsters* como en los viejos tiempos de Chicago. La policía había llegado al lugar cuando apenas

quedaba nadie vivo, sólo un tal Jeff Hunt que intentó escapar abriéndose paso a tiros, escoltado por uno de los hombres.

La policía los abatió, pero el tal Hunt pudo poner en marcha un auto y huir, perseguido de cerca por los coches patrulla.

Herido, el jefe del hampa estuvo a punto de escabullirse cuando llegó a un hotel de apartamentos. Los policías le perdieron de vista allí dentro, pero el estampido de una sarta de disparos les puso de nuevo sobre su pista.

Los reporteros hacían malabarismos para explicar la escena que los primeros policías presenciaron en el apartamento de un individuo llamado Miller. Éste se encontraba sujeto a la cama como si estuviera crucificado y Hunt acababa de vaciar todo su revólver en aquel cuerpo que sangraba a chorros. Había fotografías para todos los gustos.

Me relajé. A veces uno tiene que darle un empujoncito al destino, ustedes saben...

Así que yo estaba en paz con el mundo cuando ella cerró definitivamente la oficina y regresó junto a mí.

Apuré el coñac y abandoné el diván, los periódicos y la violencia.

Carole tendió sus manos hacia mí y susurró:

—Ven...

La seguí como un corderito.

Cerró la puerta y, tal como dijera en la playa, nos quedó todo un dormitorio para nosotros solos.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.